

FEDERICO SANTANDER

---

# CHARLAS

IMP. CASTELLANA.—VALLADOLID

ES PROPIEDAD

D G  
A

CHARLAS

T. 85385  
C. 1101308



FEDERICO SANTANDER

DEL MISMO AUTOR

# CHARLAS

IMP. CASTELLANA. — VALLADOLID



R. 63588

## DEL MISMO AUTOR

---

### LITERATURA

**Epistolario.** Novela premiada. Tomo III de la *Biblioteca Patria*.

**Alma Mater.** Novela. Tomo XXII de la *Biblioteca Patria*.

**¡Por el nombre!...** Novela. Tomo XXXIV de la *Biblioteca Patria*.

**La casa de Balsain.** Novela. Tomo LVII de la *Biblioteca Patria*.

**Por Francia y por Suiza.** Apuntes de viaje. Tomo XCVII de la *Biblioteca Patria*.

**Comentarios á "La Malquerida,,**

**"El collar de estrellas,, y la crítica.**

### POLÍTICA

**Organización política de España.** (La teoría y la práctica).

**Los católicos y la política.**

Vamos, si te place, á charlar un rato—lector. Gran ocupación ésta de charlar; ocupación bien española.—Aquí, charlando—es casi siempre la respuesta que obtiene el que pregunta:—¿Qué se hace? Charlar es para gran parte de los españoles distracción única de su ocio sempiterno, para muchos la sola gimnasia intelectual, para todos, aun los muy afanados y laboriosos, el más grato deleite en sus vagares.

Se dice que España es tierra de oradores, y no es verdad. Aquí el orador, el verdadero orador, no abunda. Fuera del Parlamento, tablado en que se exhibe la farándula oratoria ó templo en que offician los sacerdotes del decir elocuente (según gustes, lector, de la ironía ó de la hipérbole), apenas hay quien sea

capaz de hablar seguido diez minutos. Nuestros grandes literatos no hablan; cuando tienen que dirigirse al público lo hacen bien pertrechados de cuartillas; de uno de los más eminentes se sabe que á los postres de un banquete, para agradecer el agasajo, sacó del bolsillo un papelito y leyó: «Señores, muchas gracias»... Y fué todo su brindis. No hay oradores; lo que hay es charlatanes, ó, si parece despectivo el vocablo, dígase conversadores, ó charladores, ya que la Academia lo consiente.

Todo es charla en España, la vida española es toda ella... pura conversación. Aquí nos pasamos los días, y se nos van los años y los siglos, charlando á más charlar. Casinos, cafés y reboticas, atrios de iglesia, sacristías, salas capitulares; cuerpos de guardia y cuartos de estandartes; antecámaras; claustros y huertos conventuales; galerías universitarias; antepalcos, bastidores y pasillos de teatro; talleres, trastiendas, puestos de mercado..., por todos los parajes se desborda nuestra locuacidad y en todos halla asiento, como antaño en las gradas de San Felipe, el glorioso é incomparable mentidero nacional. España es la única tierra en que resulta posible que un departamento del ferrocarril ocupado por gente



que nose conocía ni de vista al comenzar el viaje, se convierta antes de la primer parada en salón de campechana tertulia. ¡Somos así, comunicativos y llanotes! Halagüefia opinión la que formase de nosotros y de nuestro carácter el que sólo por esta falta de esquivéz, por esta facilidad al trato, nos juzgara.

Lo malo es que la charla rara vez se conduce por los caminos del dulce dialogar apacible, razonador y sosegado; á poca confianza que se tenga—y aun sin tenerla, en ocasiones—asoma pronto la tenacidad en la afirmación, el orgulloso prurito dogmatizador, el terco aferrarse al criterio propio, la resistencia irreductible á la opinión ajena, como si el hablar fuera lucha y en dejarse convencer hubiera humillación y vencimiento. Es entonces el: «no estoy conforme con usted» y el: «porque lo digo yo», como suprema arma suasoria, y el: «eso es una tontería», como piqueta demoledora de razones contra las que no se hallan más sustanciosos y corteses argumentos. Y es la discusión acalorada, y después la disputa violenta, y acaso la riña trágica: la bofetada, el cruce de tarjetas ó el fatídico rebrillar de la navaja... «Por unas palabras» suelen decir que están donde están muchos presidiarios. ¡Pala-

bras agresivas, enconadas; palabras enemigas llenas de ira y odio, vacías de amor, de tolerancia, de comprensión; palabras españolas! De esta tierra donde todo parece dispuesto para el encuentro hostil, para el choque, donde los cuerpos y las almas, sometidos á los rigores de un clima físico y espiritual brusco é implacable, se templan hasta hacerse como armas, aceradas y rígidas.

No serán así, no quieren ser así, estas charlas mías. Serán sí, «á la española», volubles, superficiales, quizás un poco, levemente, mordicantes; pero á flor de vida siempre, sobre los hombres y las cosas; hablando por hablar.

Afortunado yo cuando llegue á lograr—lector—tu asentimiento, que estimo como señal de acierto. Más afortunado todavía si al disentir de tu opinión me hicieras la merced de darme réplica, noticiándome de algún modo tu criterio adverso y las razones en que lo fundares.

Hablemos de la guerra. De la guerra que, siendo la muerte, es hoy por hoy la más intensa demostración de vida. Tal intensidad hay en la tragedia horrible que no falta quienes miran con no disimulada envidia á los pueblos

que han tenido la «suerte» de que les toque papel en el reparto, y sienten tristeza al ver que nosotros seguimos siendo espectadores. ¡Hay gente para todo! Digamos, en disculpa y como explicación, que los que tal piensan é insinúan son artistas, literatos, filósofos: «cerebrales». Los artistas por una sensación son capaces de todo. Nerón quemó Roma y mandó embrear á los cristianos no porque era muy bruto, como dicen para desacreditarle algunos detractores, sino porque era artista y se aburría. Emperador y en Roma cualquier cerebral de hoy, en horas de tedio, tendría caprichitos por el estilo.

Parece que á uno de los que sienten «la santa y heroica envidia de la guerra» le ha hecho muy mal efecto llegar á Madrid desde Reims y ver que en Madrid la gente está muy entretenida con las faenas de *Joselito* y de Belmonte. La verdad es que venir «del frente», de presenciar la ruina y el estrago, y hallarse de pronto con la alegría bulliciosa de la calle de Alcalá en tarde de toros... ¡es para encoger el ánimo á cualquiera!

Y es que hay algunos que quisieran que todos anduviéramos tristes, gemebundos, cubiertos de ceniza por las desgracias—lamen-

tabilísimas ciertamente—de los pueblos que luchan. No diré yo que no fuera muy conmovedor y edificante que refrenásemos un poco nuestra alegría, andando de puntillas y no tocando el piano, como vecinos bien educados de casa en que hay enfermo grave, pero sí que es muy lógico que no sintamos como propios los dolores ajenos, ni tengamos santa y abnegada inclinación á compartirlos. ¡Inhumanidad? ¡Oh, no! ¡Humanidad y bien humanidad! Franco y natural estado de alma que hiciéramos mal en ocultar porque es humano y es sincero. Fingir dolor de compromiso, compungiendo el rostro como en visita de duelo, sería hipocresía. Respetemos el dolor de los otros, hagamos cuanto posible nos sea por calmarle, pero no nos avergoncemos como de un pecado de esta nuestra satisfacción, tan sana y tan legítima, al vernos alejados del peligro... ¡y sigamos viviendo!

¿Frivolidad? ¿Inconsciencia? En todo caso, algo muy europeo. ¿Habría que recordar?... Era en los comienzos del pasado verano; ya había muerto en Serajevo el archiduque Franz. Londres recibía en triunfo á Carpentier, el boxeador; y fué primero una multitud innúmera—una de esas multitudes londinenses—rodeando des-

de la estación hasta el hotel el coche del joven campeón; y fué después, en el *hall* inmenso en que Carpentier luchaba con su rival, un público refinado, *up to date*,—tres libras la localidad más barata—trajes de etiqueta, pecheras rígidas, mujeres elegantísimas, escotes, joyas... Cuando llegaron á España las revistas que publicaban estas fotografías... se había ya declarado la guerra... Pues si los ingleses, tan impasibles, tan equilibrados, tan reflexivos, tan previsores y prudentes, perdieron todo su *self control* por Carpentier en horas decisivas... ¿por qué no hemos de entusiasmarnos nosotros, los locos españoles, por *Joselito* que vale más que Carpentier porque el muchachote normando es sólo fuerza y músculo, y el chiquillo de Gelves es arrojo, arte y gracia?

Aflijámonos por los que combaten y mueren; ¡lo que darían los pobres por estar en nuestro caso! Por nosotros, no. Aunque haya algunos que, á fin de conservar el gesto compasivo que usan para todas las cosas de su patria, no se recaten de decir tristemente:—«¡Pobre España! Toda Europa luchando, y ella en paz, sin disfrutar de los honores de la guerra ni participar en esta gran obra renovadora; ¡qué desgracia!»... Porque les hay tan empedernidamente

europesos, que juzgan que cuando Europa ha tenido la comodidad de retroceder á la barbarie se hace muy mal papel conservándonos en nuestra civilización, modestita y de segunda mano, pero sin trincheras, morteros ni gases asfixiantes. Tan xenólatras que si se desarrollara por ahí fuera una epidemia y nos viéramos libres del contagio, serían capaces de plañir desdeñosos: «—Europa entera está muriéndose apestada, y España sigue indemne. Está visto. ¡No nos incorporaremos nunca á la vida europea! No tiene remedio. ¡Somos un arrabal!»

## II

Como en esta tierra de bandos, taifas, guerrillas, partidos y partidas todo se aprovecha para hacer grupitos y poner vallas entre unos y otros, la neutralidad se ha convertido en uno de tantos casilleros. Así nos pasamos la vida; clasificándonos, poniéndonos etiquetas y levantando cada cual su tenderete con rótulos como esos que se leen, para aviso de la clientela, en algunos colmados de feria y romería: «Hasta aquí llega Fulano». Hay que saber hasta dónde llega cada uno. Casi todos los españoles andan á la hora presente cargados con tres ó cuatro letreros que les sirven para decir á los demás, y decirse á sí mismos, lo que son; tres ó cuatro indumentos espirituales adquiridos en bazar de ideas hechas. Con dos *istas*, uno para hacer política y otro para ir á toros,

y un *filo* para hablar de la guerra, todo español tiene completo su guardarropa y hace buen papel en cualquier parte, sobre todo si los trajes están cortados según el figurín (en *ista* y en *filo*) que más se lleva entre lo que hace ya más de diez años, y siempre hablando en cursi, solíamos llamar jamables y poco enterados cronistas!, «gente *bien*».

Parecía que eso de la neutralidad no dejaba lugar á dudas y que la unanimidad, salvando diferencias de matiz, era bien evidente. Pues tal maña se han dado los del letrado irremisible y el encasillamiento á todo trance, que ya descubrieron medio de «deslindar los campos» y dejar bien definido que no todos pensamos lo mismo. Y han discurrido un bloque: un bloque en que todos se hallen hechos á imagen y semejanza de los que le idearon.

Lo natural sería que, pues aseguran ser ellos tan celosos tutores de la neutralidad y ésta tan delicada y quebradiza, procurasen descubrir y fomentar en todos lo que en todos hubiera de común. Pero hacen lo contrario; no les basta que hasta los señalados como menos devotos de la neutralidad digan y repitan que no quieren que España entre en la guerra y que en eso están conformes. ¿Conformes? Nun-



ca. ¡A ver, un bloque! Hay que unirse: es decir, hay que separarse. Porque cuando uno de esos guerrilleros habla de unión, hay que pensar siempre: ¿de quién querrá separarse éste?

Y como para ser del bloque no basta querer la neutralidad, sino que hay que quererla por los motivos, en la forma y con los accidentes que señalan los definidores, haciendo protestación de fe y voto de obediencia: «El que firma cree en... y se compromete á...», resulta que el bloque en vez de ser como se pretende, la «unión sagrada», va á actuar de disolvente. Y he aquí cómo esos neutralistas de primera clase, puros é incontaminados, con privilegio y exclusiva, pueden prestar á la neutralidad un mal servicio, contribuyendo á que se crea por ahí fuera que son pocos—los del bloque—los que en España quieren la neutralidad, cuando lo cierto es que todos los españoles estamos, ¿cómo no estarlo?, muy contentos con ella.

Pero, no importa. La cuestión es diferenciarse. Que se sepa que no somos todos iguales. Y alrededor de las palabras de concordia, de las palabras amigas, las que dicen lo mismo que ellos dicen y suenan con su son, hacen

el silencio; y se propagan y repiten con regodeo, con fruición, las otras palabras, las hostiles, empeñándose en mantener el equívoco aun después de deshecho. Porque no se trata de la neutralidad, sino del cobijo para resguardarse allí dentro y que ninguno entre. De que en la neutralidad, como en todo, haya los unos y los otros. De afirmar siempre que ellos... son ellos: muy neutralistas, muy deseosos de que todos defiendan la neutralidad... pero encantados con decir:—¿Lo ven ustedes como somos nosotros los únicos que queremos que siga neutral España?...

---

Cuando llegan á mí las noticias de las atrocidades que ilustran con viñetas de un perfecto salvajismo esta guerra, tan admirada por algunos, me ocurre preguntar: ¿Qué pensarán de todo ésto los cipayos?

Pues entre todos los males acarreados por la guerra quizás el mayor sea esta bancarrota de la civilización, este terrible fracaso del progreso. Del progreso que no era sólo electricidad, automóvil, aeroplano, sufragio, sino algo mejor y más hondo: aprecio de la vida humana, respeto al derecho ajeno, suavidad de las costumbres, estimación del hombre; cosas todas

del alma, cosas buenas que pudiera expresar, inefable y sintético, el divino vocablo: amor.

De todo ello ¿qué se hizo? Los que protestaban indignados porque en todo el mundo se suprimía cada año á dos docenas de criminales probados, ven impasibles cómo se condena á muerte á millares y millares de hombres cuyo crimen fué ser jóvenes, robustos, valientes y patriotas; los que rasgaban sus vestiduras, escandalizados, y por periódicos y tribunas clamaban contra el moderno vandalismo, viendo un atentado á la tradición y al arte en cualquier estatuilla de pórtico que amanecía desnarigada, callan ante la Catedral de Reims. Después de tanto tiempo trabajando por dignificar la humanidad y hacer humano al hombre, todos contemplamos con indiferencia cómo el hombre se deshumaniza en un instante; cómo basta un pasquín ardoroso, un grito, un clamor y un redoble para que salte en él el hombre de la caverna y de la selva cien veces más temible que el primitivo, porque posee maravillosas máquinas de destrucción que le permiten ser más refinadamente cruel que el pobrecillo troglodita que sólo contaba con su clava.

Nos creíamos civilizados y sólo habíamos logrado civilizar la barbarie... La civilización era una cascarilla, como las laminitas plateadas de esos cuchillos de postre, tan acreditados en las bodas de Taboada, que á poco que se arañase en ellos descubrían un barro negro é infecto. Europa se ha descascarillado. Se recuerda aquella frase de Ganivet: «Viendo esta civilización y lo que tiene dentro, se comprende que no vale la pena de trabajar para civilizarse». Decía esto Ganivet desde Bélgica, en todo sosiego y plena prosperidad: ¿qué diría ahora?

Y, sobre todo, ¿qué dirán los cipayos? Al volver á su país el *naick*, bajo el sol adorado, cerca de la sagrada selva, dirá á los suyos su desdén hacia los hombres pálidos, malditos y crueles; más crueles que la pantera y el chacal; los hombres embusteros que diciendo hacer el bien preparan los caminos para todos los males; los que son superiores y fuertes porque saben matar; matar mejor y más de prisa; no de hombre á hombre, cuerpo á cuerpo, acero contra acero, sino de lejos, en el misterio, sin que nada se vea más que unas infernales calderas que vienen traidoramente por los aires, sin que se sepa de dónde, y se

abren contra el suelo derramando plomo que destroza, esparciendo un humo malo que envenena y ahoga...

...¡Y este desdén del cipayo, del indio, del hombre semibárbaro hacia el europeo ultracivilizado, es, entre todos los daños de la guerra, el que más debemos lamentar!



### III

Se ha divulgado y comentado en estos días un escrito que demuestra el poco aprecio que España merece á los extranjeros. La cosa en sí equivale á inventar el paraguas y descubrir el Mediterráneo, porque el desdén extranjero hacia España es, por desgracia, antiguo y bien conocido. Lo único nuevo en el descubrimiento es la piadosa intención de los descubridores que, avivando el dolor de la ofensa, pretenden inocularnos á todos su *fobia* y enconarnos contra los que, por estar en hora crítica de peligro y angustia, son más que nunca merecedores de respeto. ¡Envidiable labor la de esos corretores de agravios! Tercería de odio la suya, como la de esos simpáticos amigos que vienen á nosotros muy solícitos diciendo:—¿Sabes lo que Fulano dijo anoche de tí?... Y retienen con

todo cuidado nuestra ofendida réplica... para contársela á Fulano.

Triste verdad esa de que España es fuera de España desdeñada, tenida en menos, y lo que es peor, mirada con prejuicio hostil. Cuando de España y de las cosas españolas hablan ó escriben las bocas y las plumas extranjeras hácenlo como de cosa muerta, como de país curioso que no pesa en la vida europea.—¡Ah, España; «dormida bajo el sol»!... *Quantité négligeable!*... Y entre las frases despectivas y los gestos de fingida lástima asoman, buídos y envenenados, los puñales del odio.

No es de hoy ese aborrecimiento, ni ha de estimarse, aunque sea injusto, en absoluto inexplicable. Cosecha son los odios de ahora en que acrecentada recogemos nuestra propia semilla. Dueña del mundo España, no supo hacerse amar. Y fué su gran pecado. Pecado de orgullo y de sequedad de corazón. Gravísimo pecado en que con facilidad caerán siempre los que viéndose fuertes no se cuidan del amor, única fuerza eterna por la que, débiles y descaecidos, podemos seguir siendo dueños de las almas.

Estamos pagando ahora todas las simpatías que sembraron nuestros abuelitos, los con-



quistadores de los siglos dorados, con sus hazañas que nosotros contamos como gloriosas, pero que es muy natural parezcan aborrecibles á los descendientes de los vencidos en Italia ó en Flandes. Porque una de las ventajas de la guerra es que sus grandes figuras pueden ser presentadas, con toda sinceridad, como héroes dignos del galardón más alto ó bandidos merecedores de ignominia según la nacionalidad del historiador que relate y comente sus gestas.

Y no es que aquellos bravos conquistadores hicieran cosas fuera de uso; sus atrocidades fueron las corrientes; menores quizás que las de sus coetáneos y aventajadas, desde luego, por las de sus civilizadísimos congéneres actuales: Requesens no conocía el cloro, y don Juan de Austria y Andrea Doria no sabían lo que era «torpedear» bajo las aguas. Pero lo malo no estuvo en lo que hicieron, sino en lo que no hicieron. Algunos de los que heredaron nuestro imperio fueron, y han seguido siendo, mucho más crueles, y sin embargo disfrutaban una envidiable opinión de gentes correctísimas. Y es que tuvieron siempre la rara habilidad de dominar á los pueblos, con la muy provechosa tiranía de la explotación, haciendo creer á los explotados que les dejaban vivir á

su gusto. Esta habilidad nos faltó siempre. Y es que somos toscotes, rudos, ingenuos, nada hipócritas; ni sabemos mandar más que á gritos, con aspereza y malos modos, ni hemos acertado á vestir nuestra dominación con el irreprochable traje inglés del protectorado.

Así ha quedado de nosotros esa famita por el mundo; así el mundo—diga lo que quiera la ficción de las cancillerías—se nos muestra hace tiempo en actitud nada cordial. El mundo, sí. Porque una de las mentiras de los divulgadores de agravios, es reducir la hostilidad á unos países. Lo amargo es eso: que en el fondo afectivo de todo el mundo, así en Europa como en América, hay un sedimento antiespañol. ¿No habéis visto cómo al llegar á una ciudad tropezáis con una persona que á vosotros, extraños, os pareció juiciosa y de buen trato, pero de quien todos hablan con poco afecto? Y si vosotros mostráis extrañeza, os dirán: —¿Fulano? ¡Ah, sí! Tiene pocas simpatías. España es hoy en el mundo «el señor que no tiene simpatías». Quizás cuando la guerra acabe haya quien cargue con el sambenito y herede el poco apetecible mayorazgo, y será acaso uno de los bienes que nos traiga la actual contienda el que los odios de hogañó

extingan los de antaño, y las crueldades de ayer comparadas con las de hoy parezcan magnanimidad y blandura.

Por de pronto no es de creer que se pueda seguir asustando á los chiquillos belgas, hechos á todos los horrores y curados de espanto, diciéndoles, como hasta aquí:—¡Que viene el duque de Alba!...

De todas las formas del prejuicio antiespañol no es la hostilidad la más molesta: mayor ofensa hay en la ignorancia, en el desconocimiento de las cosas y los usos españoles. Los que manejan libros extranjeros ven cómo no asoma casi nunca en sus páginas el adorado nombre; para nada se hace cuenta de España. Es curioso consultar trabajos estadísticos; en la mayoría, aunque se citen datos de Dinamarca y de Servia, se prescinde de España. ¿Pues no he visto yo una estadística—por cierto *made in Germany*—en que se omitía á España... en las listas de la producción de naranja?

Para el español que viaja por el extranjero, los menudos hechos que indican esta desdeñosa ignorancia son la más punzante espina del camino. Comenzando porque, como todos saben, el decir uno que es español más allá de

Vichy ó de Versailles produce incredulidad. Hay que repetirlo para que le crean á uno. Al que por su tipo no desmienta la casta meridional le tomarán por italiano, por griego, por argentino ó por rumano; ¡y al que le tomen por rumano hay que felicitarle, porque los rumanos «se llevan mucho» en Europa!; por español, nunca. Cuando se logra convencer á las gentes vienen las preguntas, que si no fueran ofensivas serían graciosísimas:—Y, diga usted—preguntaron á cierto amigo mío en un pueblecillo francés comprendido hoy en la línea de fuego—en España ¿visten ustedes como los franceses? Y mi amigo, mirando de arriba abajo el indumento, legítimamente *Belle Jardinière*, del que le interrogaba, contestó muy serio:—No, señor: ¡muchísimo mejor que los franceses!

La pregunta, que indica un estado de opinión y rima con otras que tiene que soportar todo español al expatriarse:—¿Hay novelistas en España? ¿Llevan la cara descubierta las hermanas de usted? ¿Tendrá usted un traje de torero?—... no tiene mucho de sorprendente si se recuerda que Mæterlinck, el propio Mæterlinck, asomado al agujero del telón en el teatro de la Comedia, de Madrid, exclamó sorpren-

dido:—¡Pero, si están todos los hombres de frac y las señoras escotadas!...

Si por ahí fuera nos toman por una tribu, y creen que España es algo extracivilizado, bueno sólo para que lo estudien los anticuarios de toda especie, gran parte de la culpa debe caer sobre aquellos españoles que tienen de su patria el mismo mezquino concepto, y viven displicentes y amargados como si en su propia tierra estuvieran cumpliendo algún triste y penoso destierro. Literatos y artistas cultivadores de «lo pintoresco»; los que se empeñan en ver á España con los ojos de Gautier y de Barrés; los que padeciendo un daltonismo pesimista y antipatriota no aciertan á pintar, con plumas ó pinceles, más que una caricatura trágica, paladeando, con depravada cacofagia, todo lo sucio, feo, negro y triste que hay en España, como en todas partes: el paisaje árido, el cielo sombrío, el aldehorrio misérrimo, el caserón en ruina, el mendigo astroso, la vejezuela-bruja, el torero contrahecho, las caras de cretinos y hambrientos... ¿Pero es que en España no hay más que eso?...

Sí lo hay, pero no quieren verlo. No quieren verlo porque ellos desdeñan á España, y

su desdén es, como el de los extranjeros, venganza, represalia. Porque algún día se sintieron á su vez desdeñados, porque se creyeron no comprendidos, y en su visión de la realidad española hay una nube de rencor. Por eso la queja «¡ah, este país!» es en ellos un estribillo amargo.

Siempre que oigo á alguno lamentarse de lo poco que en España apreciamos lo nuestro, pienso que, efectivamente, eso que se ha llamado con acierto «la desestimación nacional» es un gran pecado español, pero pienso también que esa falta de aprecio, en muchos casos, antes estuvo en los que se dan después por despreciados. El juego del desdén para obtener amor no sirve para conquistar multitudes. Si siempre estáis desdeñando á las gentes, ¿cómo extrañaréis el que las gentes os desdeñen? Provinciano que abandonastes tu provincia porque la creíste campo estrecho para tus ansias; español que juzgastes que los cielos de tu patria, con ser tan claros, dilatados y admirables, eran poco para tu vuelo, ¿cómo vas á dolerte de que no te conozcan aquellos á quienes tú desconociste? Y pues, despreciándolo todo, sueles decir: ¡Beocia!, natural es que el eco te responda: ¡pedante!

¡Ah, vosotros, los que pese á vuestros desdenes, habéis de vivir con el público! No desdéis jamás. Y no os canséis nunca. En el amor de la multitud, como en todos los amores, es gran arma el saber esperar. Hay que esperar, y esperar sonriendo; sonriendo siempre.

Un día, la multitud responde á vuestra asiduidad y la paga con la caricia de un aplauso; y este aplauso, más sabroso cuanto más pacientemente esperado, basta para compensarnos de toda fatiga y de toda tristeza. Y si el aplauso no llegase y vosotros estáis seguros de merecerle, seguid tranquilos. Más tranquilos que si os aplaudieran. Porque la mayor inquietud no está en que no le aplaudan á uno, sino en tener que preguntarse con mortal angustia:—¿Pero qué habré hecho yo para que me aplaudan?...







#### IV

Tan acostumbrados estamos á oír pregonar en todos los tonos la penuria española, que parece cosa de fábula el descubrimiento de fortunas que se cuentan por decenas y hasta centenares de millones. Generalmente tales fortunas no se descubren hasta que se muere el poseedor. Para saber que alguien tenía dinero, como para saber que tenía talento, hace falta que el adinerado ó el talentoso se resigne á morir. La hora de las alabanzas es también la hora de las revelaciones:—¿Millonario Fulano? ¡Quién lo diría!—Y, en efecto, en la mayor parte de los casos no lo diría nadie. Metidos oscuramente en sus casas, ocupando el pisito más barato en finca propia, con una cocinera y una doncella de sesenta reales por toda servidumbre, sujetos al régimen castizo y

mesocrático de cocido y principio, gozando por única distracción el gratuito paseo y el baratísimo *cine*, ¿quién descubriría bajo el modesto pergeño, atrasado en tres modas, al buen millonario, terrateniente latifundista, casero en Madrid y en París, inscripto en los libros del Banco de Londres?...

Se escribe y se predica mucho contra el despilfarro, «ruina de familias y naciones», y no sería malo que, cambiando la tocata, se dijera algo contra la sordidez y la tacañería; contra el mal vivir, estrecho y ramplón, de una gran parte de los ricos. Porque no hay que olvidar que la avaricia es un pecado capital, y el despilfarro no. Al contrario; es un hermano, algo alocado y tarambana, de la óptima virtud de la largueza, nacido como ella del desprendimiento y la bondad.

El que gasta sin duelo demuestra su poco aprecio de las cosas terrenas: ¡bah, el dinero! En cambio en el atesoramiento del avaro hay aquel «hambre de oro», que todos los Santos Padres execraron, y en el fondo un epicureísmo; el epicureísmo imbécil de Harpagón que halla sumo deleite en sobar y resobar sus monedas, como si las monedas sustraídas á la circulación fueran otra cosa que unos feos

é inútiles discos de metal, llenos de suciedad y de microbios. Ateniéndose al catecismo no hay medio de salvar al avaro; mejor se salva el pródigo. Porque donde se persigue la prodigalidad no es en el catecismo, sino en el código civil. Lo que sucede es que en muchas cosas, y en estas de dinero especialmente, es más cómodo atender al código que al catecismo... que resulta muy radical en ocasiones.

Parece que el ser rico es la cosa más fácil del mundo, pero debe de tener sus dificultades pues son muy pocos los que aciertan á serlo. Sin llegar al extremo deplorable de ese infortunado señor que ha dejado al morir ciento setenta millones de pesetas, que le permitieron el lujo de comer su buen postre diario de diez céntimos de cerezas, nueces ó naranjas, son muchos los que en España viven con un tenor de vida muy inferior á su riqueza. ¡Ah, la proverbial sobriedad española qué daños ocasiona! Empezando porque los más sobrios suelen ser los que para nada necesitan de la sobriedad, y en cambio son imprevisores y dados al boato los que más cuenta debieran tener con lo que gastan. ¡Como que el ver á una persona bullendo, triunfando, danzando en todo y «figurando» autoriza la sospecha de que no tiene

dos pesetas! Ya lo saben los pescadores de dotes que no tienden sus redes en el mundo brillante y frívolo que luce y se divierte sino por los rincones austeros, donde se esconden las familias de buena posición y «pocas necesidades».

Lo malo para ellos suele ser que tienen que sujetarse al régimen ascético mientras viven los suegros, y como á éstos lo frugal y morigerado de sus costumbres les asegura la longevidad, cuando el yerno llega á disponer de la fortuna, durante tanto tiempo acrecentada, ya no tiene humor para gastarla y ha adquirido, por contagio, hábitos de parsimonia y ahorro. Y así van formándose esas vinculaciones, que no tienen en su defensa ni la vanidad de mantener el lustre de una casa, y que necesitarían unas sabias leyes desamortizadoras; hasta confiscadoras en ciertos casos. Por lo menos un cambio de mano en la administración. Porque si se incapacita al pródigo que, abusando de la riqueza, la aparta de su fin, ¿cómo no incapacitar, con más motivo, al avaro que, no usando de ella, impide que cumpla su destino, que es circular y consumirse?

¡Ah, ricos, ricos; tan fácil como es el lucido papel que os tocó en el reparto y qué pocos

sabéis desempeñarle!... Señalándome una casa vieja en una rúa oscura de cierta capital de provincia, decíanme una vez:—Aquí vive un señor que tiene veinte millones de pesetas. Un señor muy bueno, muy cristiano y muy inteligente.—Y yo repuse:—Algo de eso no es verdad. Porque si ese señor tuviera tal fortuna y fuera, en efecto, inteligente y bueno, no viviría en este caserón destartado y húmedo en calle lóbrega, sino en un palacio edificado en un parque, donde hubiera aire y sol; ni dejaría de haber en esta ciudad diez escuelas modelos, dos barrios obreros, tres ó cuatro bibliotecas populares, agua, árboles, higiene... ¡que todo eso podrían ser aquí los veinte millones de pesetas! Y como no sucede nada de ésto, y aquí pululan los mendigos y abundan los que no saben leer, y nada me ha avisado la presencia de la fuerza que en este estrecho campo representaría, bien dirigida, esa fortuna, deduzco que la fortuna no existe... ó que su poseedor no sabe ser cristiano ó no es inteligente.

Alabando como es debido algunos casos de excepción, y reconociendo que las fortunas fabulosas son escasas en España, hay que confesar que nuestros ricos tienen mucho que aprender de los multimillonarios americanos

que fundan Universidades, Museos, ciudades-jardines, baños públicos. Verdad es que esas cosas de cultura—y aun las de higiene y aseo para algunos—no se tienen por artículo de primera necesidad; y lo que dirán muchos: ¿Para qué acostumbrar á lujos á los pobres?

Y luego la falta de iniciativa, de voluntad. Ricos que para disponer de un solo céntimo de su fortuna necesitan á su lado al Mentor, al consejero que proyecta su sombra sobre ellos y su casa, al Pedro Recio que va tocando los manjares con su inexorable varilla prohibitiva: ¡Esto no!... ¡Esto no!... ¡Oh, pobres millonarios nominales que no disponéis de vuestro dinero porque ni de vosotros mismos sois dueños! Todavía se explica que al margen de la mujer sola y rica aparezca, dominante y suspecto, el captador, el «hombre de confianza»—del que siempre debe desconfiarse—fatalmente heredero universal. Pero ¿los hombres? ¡Los pobres hombres ricos que se dejan manejar como fantoches, entregando á manos oficiosas las llaves de su caja, los hilos de su vida y de su alma; irredimibles caballos blancos que se abandonan inertes al fideicomiso, y no aciertan á perpetuarse en obras que sean suyas, *suyas*, de su voluntad y de su inspiración!

¡Admirables millonarios yanquis, Morgan, Carnegie, Vanderbilt!... ¡Inolvidable marquesa de Squilache; si todos fueran como fuisteis! No permitisteis en vuestra vida captaciones ni ingerencias; supisteis ser dueña de vuestra fortuna, como de vuestra voluntad, y libremente la dirigisteis por los caminos buenos, de amplia caridad sin excepciones; y, en vuestro puesto siempre, consciente de los deberes de la altura, á todos, grandes y pequeños, atendisteis; porque sabíais que había tanta caridad en la copa de champagne y en la dulce música, grata dádiva de alegría, que ofrecíais á vuestros amigos en vuestro salón blanco y riénte, como en la sopa que servíais á vuestros protegidos del asilo. Fuisteis el ejemplo, marquesa. Y en la amargura que produjo vuestra muerte hubo una sorpresa extraña: ¿Pero no tenía más que eso? ¡si parecía más rica!... ¡Parecíais más rica, aquí donde todos parecen menos! Y es que lo erais: porque á vuestro dinero agregábais lo que falta á los otros; el inapreciable tesoro de una clara inteligencia y un generoso corazón.

---

Unos sujetos, agraviados por algo que publicó un periódico, han entrado á deshora en la redacción de éste atacando á tiro limpio á

cuantos allí había. Madame Caillaux hace prosélitos. Se ha protestado de la salvajada. Mi firma al pie de la más enérgica protesta. Pero es muy de temer que invertidos los términos de la agresión se hubiera invertido también el comentario, y los que ahora toman partido por las víctimas le hubieran tomado por los agresores diciendo: ¡Si les está bien empleado! ¡Si todo son procacidades! ¡Si no respetan nada! ¿Va á estarse uno cruzado de brazos? ¡Duro y á ellos!... Ecuanimidad de los juicios humanos, ¿dónde estás?...

La verdad es que todos se están poniendo insoportables. La brutalidad no va por barrios, como dicen de la alegría: ha puesto casa en todos, por lo menos en los de las afueras, extramuros de la legalidad... y hasta en alguno del ensanche.

Recordaré siempre con tristeza la fruición con que me decía cierto «apóstol» de una de esas propagandas á que ahora se dedican los muchachos para descansar del *tennis* y del *foot ball*:—Estamos perfectamente organizados. Tenemos nuestra partida de la porra, ¡casi un *requeté!*, y en el Círculo... ¡se rifa una *browning* cada día!... ¡Y le brillaban los ojos al decirlo!...



¡Esto no puede ser!—Pero si nos dan el ejemplo los del otro lado—dicen. ¡Admirable lógica y estupenda moral la que nos permitiría adoptar todo mal ejemplo como norma de la propia conducta, y responder con nuestra maldad á la maldad ajena! ¡Pero no veis que la mayor victoria de la revolución es contaminaros, haceros á vosotros revolucionarios?... Y no digáis que para vuestra defensa no basta el Estado. Porque si fuera verdad que no bastase, deber vuestro es el fortalecerle. ¿Estáis seguros de que cumplís este deber? En la tribuna y en la prensa gritáis, entre injurias, vuestra rabiosa hostilidad al poder constituído y le hacéis blanco de toda afrenta. ¿Cómo queréis que la autoridad atienda á vuestra defensa si está ocupada en defenderse de vuestra rebeldía?

Lo curioso es que los que se dedican á esta piadosa y conservadora labor anarquizante, son germanófilos: es decir, estatistas.

¡Habría que ver la guerra que darían al kaiser! ¡Y lo que haría el kaiser con sus *mamporros* y con sus *requetés!*..



## V

Porque al pie de unos versos que loaban las corridas de toros ha aparecido la firma de un académico de la Lengua, varios señores socios del Ateneo de Sevilla han dirigido á la Española un indignado mensaje en solicitud de que se prohíba á los miembros de «la docta» hacer constar su condición de tales en todo escrito que elogie «esas fiestas incultas y bárbaras».

Como la cuestión es pasar el rato, y eso de la guerra, al decir de las almas piadosas que la toman por pasatiempo y espectáculo, se está poniendo más aburrido que una corrida con Vicente Pastor y toros de Bañuelos, los ociosos, ¡innúmera legión!, se han echado sobre los firmantes del mensaje y, como dirían los agresivos comentadores con el pintoresco léxico del patio de caballos: «¡Les han *dao* pocas!»

Es, ciertamente, insólito que de la propia Sevilla, Meca del flamenquismo, patria dichosa y envidiada de tantos y tantos doctores en totería, cuna de la escuela que con la cordobesa y la rondeña se disputa el dominio del arte, surja ese documento cuyos firmantes pasarán á la historia—á la historia menuda, de pequeños y significativos hechos, que escribe, ¡oh, don Benito!, mamá Clio en bata y zapatillas, sirviéndola de amanuenses y correveidiles las aladas efémeras—como un execrable caso de traición; algo así como los afrancesados. Y aún peor que ellos; porque afrancesado fué Moratín y escribió la «Oda á Pablo Romero».

No sabiendo qué castigo infligir á los desventurados autores del discutido mensaje, se les ha llamado... ¡intelectuales! Que es, para ciertas gentes, lo peor que se puede decir á una persona. Infamados de modo tan cruel los pobrecillos ateneístas sevillanos, que así pecaron contra el espíritu de la ortodoxia flamenquista, todavía ha caído sobre ellos otra mayor desgracia: la de que, por ley de hermandad, les defiendan los intelectuales patentados, en el semanario regenerador desde el cual dejan caer sobre todo lo español su displicencia y su

desdén... Si en el mensaje y la protesta ha habido grave culpa, ¡bien duramente castigados han sido sus firmantes!

Algunos la han tramado ahora contra los toros, y hacen literatura antitaurómaca; literatura que, cuando se limita á satirizar exageraciones y ridiculizar apasionamientos, produce aciertos como el segundo acto de *Los semidioses*; y cuando, metiéndose en honduras, filosofa y pretende probar que la afición á los toros es el mal que nos mata, y que todo se arreglaba cortando la coleta á los *fenómenos*, lleva á fracasos... como el último acto del drama citado.

Para condenar la ligereza de los aficionados, los taurófobos dicen, muy apersonados y solemnes, «que ya no estamos en los tiempos de *Lagartijo* y *Frascuero*». Es verdad. ¡Estamos en los de *Joselito*, que es peor para la tesis antitaurómaca! Nunca, como ahora, gozó tanto favor la torería ni tuvo tantos fervores la pasión alrededor de la fiesta. Antes los maestros «se vestían» cincuenta tardes en cada temporada; hoy los favoritos contratan ochenta ó cien corridas; no hay cabeza de partido que no tenga ya en sus afueras el edificio circular, tan representativo, de ladrillo y cemen-

to; y los doce mil reales que cobraba «el negro»... se han convertido en las siete mil quinientas pesetas del pequeño de los Gómez Ortega. Es el resurgimiento; la edad de oro del estoque, la muleta y el capote de brega.

Eso es precisamente lo que molesta á muchos, inspirándoles malhumoradas diatribas tauróforas: que mientras todo es barranco, el toreo descuella como cumbre; y como su apogeo coincide con la decadencia general se busca en aquél la causa de ésta. ¡Todo eso es incultura, atraso!—se dice.—¡Escuelas, escuelas, y no plazas!... ¿Y si no tuviera nada que ver lo uno con lo otro? Desde luego los que van á los toros saben leer y escribir; el público de las corridas no es un público de analfabetos. Como no es, tampoco, popular. El pueblo, el verdadero pueblo, va muy poco á los toros; á lo sumo una vez al año, si la cosecha es buena, que ¡ay! no lo es siempre. ¿Cómo ha de ser popular una fiesta en que la localidad más barata cuesta lo que una butaca en el teatro? Los que llenan los tendidos son *los señoritos*.

Y es en la clase media donde la tauromanía hace los mayores estragos. Esos bandos que siguen á uno y otro torero, como los patricios

de Roma seguían á los conductores de cuadrigas, son pandillas aseñoritadas, y las disputas en defensa del respectivo ídolo es en las terrazas de los cafés, en las *peñas* de los casinos burgueses donde se sostienen.

«Eso es lo peor—dice el maestro Unamuno—¡lo que se habla de los toros!» Es deplorable, ciertamente. Hay quien, desde que comienza la temporada hasta que termina, se pasa los días hablando sin cesar de lances, faenas y estocadas, recordando con toda precisión si fué natural ó en redondo el tercer pase que *Joselito* dió á su segundo en la primera de abono del 14 ¡un Santa Coloma «de bandera»!... Pero ¿de qué van hablar si no hablan de eso? Cuando en uno de esos cotarros se deja de hablar de toros, es para hablar de deportes, y especialmente de automóviles—el *allumage*, la magneto, el 20-30—ó de mujeres... con el vocabulario que emplearían, si tuvieran el don de la palabra, los más rijosos ejemplares de remonta.

No es una enfermedad la taurolatría: es un síntoma. Y saludable, en cierto modo. Toda la pasión que una tarde de sol nos mete en el corazón y en los sesos... se nos escapa vociferando en un tendido. ¿Desgaste inútil? ¿Ener-

gía perdida?.. Bien. Pero lo que hace falta es dar con la dinamo, con el transformador. ¿Extirpar? ¿Agotar? No. ¡Aprovechar y sustituir!

Y, contra lo que suele decirse, la afición á los toros es un gran calmante. ¡Lo que ha contribuído á que mantengamos nuestra feliz neutralidad! Tan acostumbrados estamos al seguro de nuestra talanquera... que no hay nada que nos haga abandonarla y lanzarnos al ruedo.

Es curiosa, y muy significativa, la evolución de nuestra fiesta nacional. En los días de la fecunda actividad española, eran los caballeros—los que peleaban en Flandes y en Italia—los protagonistas de las fiestas de toros y cañas. ¡Oh, las cuadrillas de cortesanos presididas por príncipes; los duques que alanceaban reses! ¡Oh, don Juan de Austria, en la plaza de Nápoles, burlando con su capotillo de grana al bravo toro y arrancando de su morrillo la *garrocha* para ofrecerla á la bellísima Falangola, el dulce amor que con galante tercería le preparara el cardenal Granvela!... Hoy no torearán más que los profesionales. Lo más que se permiten los aficionados—los aficionados á que toree otro—es alguna becerradilla, alguna encerrona sin riesgo; y los espontáneos que



bajan á la arena no lo hacen por entusiasmo ni deporte, sino pensando en las seis mil.

Así nuestra platónica barbarie de espectadores prudentísimos nos ha salvado de la barbarie activa de la guerra. Y así nuestra neutralidad es una neutralidad de tendido de sol en tarde de competencia. Todo son gritos, apologías, denuestos y trifulcas verbales entre unos y otros partidarios:—¡Vea usted el míol ¡Qué tiene usted que decir de eso?... ¡Sí; sí! ¡Mucha pasión, mucho entusiasmo... pero allá se están en el ruedo los ídolos bregando solitos sin que ninguno de sus incondicionales admiradores se decida á saltar la barrera y ayudarles!

En el fondo de gran parte de la literatura taurófoba late la tristeza del aplauso ajeno. Se ve que aquí no se aplaude más que al torero... y se quiere que tampoco al torero se le aplauda. ¡Oh, no! No es eso lo que ha de perseguirse. El torero es lo único que estimamos en España, y, porque lo estimamos, lo hemos impuesto al mundo. ¿No sucederá lo mismo con todo aquello á que extendamos nuestra estimación?—Desengáñate—me decía un amigo—aquí el único «profesor de energía» es Belmonte. Cierto. Belmonte, elevándose desde su blusa remen-

dada hasta el traje de seda y oro, es un ejemplo de voluntad tan admirable como el de cualquier luchador yanqui; y el episodio de la linterna no cede en vigor y dramatismo al de la mina de Mac Allan, el simbólico protagonista de *El Túnel*.

Ensalcemos cuanto merezca ser ensalzado, pero no denigremos al torero. Y no creamos que son incompatibles la intelectualidad y la afición. Se puede ser muy ateneísta... y alborotar en la sobrepuerta, llamando ¡morrall! al presidente en tarde de novillada desastrosa...

...Lo que no se puede, ¡oh intelectuales regeneradores!, es aparecer todas las semanas en *pose* de taurófobos... y ser abonados del uno é inseparables de Belmonte.

---

Una corbata y un sombrero... Sorpresa, comentarios... Brummell está horrorizado. Donde digo Brummell debe leerse lord Buckram, su émulo, y mejor el señor Snob, la señora de Snob y la señorita Snobinette, parientes franco-ingleses de la gaditana familia de Sicur. Jorge Brummell, portaestandarte del escuadrón de húsares de Su Gracia, sabe muy bien que el patriotismo... es elegante siempre.

Una corbata y un sombrero pueden hablar, más que los labios, de la abundancia del corazón. Y, hay que decirlo; tan lince y tan sensibles para ver lo abigarrado de nuestra bandera, y no vemos lo chillón de las otras. Una de nuestras más aplaudidas bailarinas se exhibe ahora en una de sus danzas con un traje que recuerda una de las más complicadas enseñas nacionales:—rayas rojas y blancas, un cuadro azul; estrellas... Y decía una señora viéndola:—¡Mira! ¡Qué mona! ¡Qué bien vestida! ¡Envuelta en la bandera yanqui!... Si en lugar de la bandera de los Estados Unidos—gentil Argentinita—hubiera sido la española la que eligieras para tu atavío, ¿habría sido el mismo el comentario?...

¡Sólo lo nuestro ha de ser cursi! La otra tarde el chico de Snob, sentado en un *bar*, comentaba entre risas. Le miré. Sobre su holgado pantalón, fruncido en la cintura con deliciosos pliegues, descansaba su sombrero: en el lazo, un botón esmaltado: un botón negro, blanco y rojo. Como no eran nuestros colores, el *patriótico* (?) botón... resultaba distinguidísimo para el chico de Snob...



## VI

¡Hace un año!... Últimos días de Julio de 1914. Días de inquietud, de zozobra, de incertidumbre angustiosa y trágica. Europa se disponía á disfrutar su veraneo plácido, el Agosto feliz y descansado; la tregua de paz de los trabajadores. Burgués de Francia ó de Alemania, abogado de París ó de Berlín, banquero de Hamburgo ó de Burdeos, comerciante de la *City*, fabricante de Lieja, ¿qué puede importar para tus vacaciones que en el remoto Oriente austriaco, en una oscura ciudad de la Bosnia, hayan matado á un archiduque? ¡Ah, que importaba mucho!... De pronto un rumor, una alarma, una amenaza. Notas diplomáticas, agitación febril en las cancillerías, reyes y emperadores que se cruzan telegramas apremiantes é hipócritas en que se dice desear la paz

mientras se movilizan rápidamente los ejércitos... ¿Es la guerra?... ¡Ah, sí; era la guerra!

Hace un año. Parecía imposible. Pero ¡si no puede ser!—decíamos todos.—¿La guerra? ¡Quién piensa en eso! ¡No están los tiempos para guerras! Las potencias se tienen mucho miedo las unas á las otras; hay muchos intereses creados; la paz es tan hermosa... y además... el socialismo, la propaganda pacifista... ¡no se puede hoy llevar á los pueblos, como un rebaño, al matadero! ¡No puede ser!

No podía ser pero fué y es y sigue siendo. Aquella civilización de la que estábamos tan seguros y ufanos se nos desbarató en un instante, y ante el derrumbamiento abatióse toda nuestra confianza. De la *Gran Ilusión* de Norman Angell, que estábamos leyendo encantados... pasamos á la gran desilusión. Los mismos que hace un año decían, pacifistas: ¡Ya no puede haber guerras!, exclaman ahora: ¡Habrà guerras siempre! ¡La guerra es una necesidad!

¡Fanáticos que adoran como un fetiche la civilización de su momento, y porque la creían invencible no temieron la guerra; y porque han visto que hoy no se evitó la guerra juzgan que así sucederá siempre! ¡Ah, que no será así! No será, afortunadamente. Por mucho que

mortifique nuestra vanidad de ultracivilizados hay que reconocer que si estalló la guerra fué... porque no había en nuestra civilización bastante solidez espiritual para resistirla. No queremos convencernos de que el mundo sigue siendo caverna; una caverna confortable en que hemos puesto luz eléctrica y teléfono... pero caverna al fin.

La solidez que ahora ha faltado se logrará algún día. ¿Dentro de un siglo? ¿de dos?... ¡Quién puede marcar fecha!... Se logrará cuando los hombres se percaten de que en todos los Códigos morales, empezando por el del Sinaí, el precepto *no matarás* es precepto absoluto; cuando se comprenda que desangrar la patria y mandar á la muerte á los compatriotas, es un modo de patriotismo tan extraño como sería el amor á la familia de un padre que, para perjudicar al vecino, comenzase por destruir su propia hacienda, incendiar su casa y matar á sus hijos.

Mientras el día llega lloremos los horrores de este año. Año negro, año rojo, año de pesadilla. ¡Oh, guerra, guerra! ¿Cómo indicar tus males si les contiene todos; si no hay en ti brizna de bondad porque eres hija del odio y



madre del estrago y de la muerte? ¡Guerra, eres el Mal!

Pues con serlo, todavía hay quien la alaba y la glorifica y la adora con infernal adoración: satanistas sin saberlo, que se arrodillan ante el bajo y tenebroso espíritu de la perversidad porque le ven transformado en ángel de luz entre el resplandor de las batallas. Y es, quizás, este desconcierto, esta horrible confusión de los conceptos-bases del bien y del mal, el más grave daño de la guerra.

¡Perdona, Bélgica oprimida, mártir de independencia, tan noble, tan heroica como mi España en 1808, si mi mayor dolor no es para ti; para tu Lovaina destruída; para tu profanado hogar de pueblo honrado, laborioso, feliz; para tu reino transitoriamente reducido á los «cien praditos y veinte campanarios» del poeta! ¡Perdona, Polonia «de los tristes destinos»!... ¡Perdonad,afiligranadas torres de la Catedral de Reims, machacadas por el martillo del viejo Thor que Heine cantó en su profecía! Porque mi mayor dolor no puede ser para vosotras. El gran dolor de mi corazón—como el de toda entraña humana—ha de ser para el soldadito; el pobre soldadito arrancado á su casa, á su familia, á sus amores; el soldadito, cualquiera



que sea su uniforme; el soldadito-hermano bajo su casco puntiagudo, su teresiana, su kolpack, su gorrilla ó su kepis; teutón, eslavo, latino, sajón, senegalés, birmano, canadiense... ¡hermano siempre!; hermano por el cuerpo, hecho del mismo barro, más blanco ó más oscuro; ¡hermano por el alma, destello de Dios!...

El dolor del cerebro para esa triste bancarrota de la razón, para esa desbandada del buen juicio que ha huído, no se sabe dónde, desde que comenzó la guerra. Los morteros han hendido los cerebros y la lógica ha muerto asfixiada por los gases de cloro. En las discusiones sobre la guerra no se pone sustancia gris sino temperamento: sangre, nervios ó bilis. Y todo en fiebre, excitado, en pasión. ¡Las cosas que dicen los hombres de la calle ó del casino... y las que escriben los intelectuales! ¡Intelectuales? Pero ¿es que hablando de la guerra quedan intelectuales? ¡Pasionales más bien!

¿No ha de ser triste ver cómo inteligencias superiores, las más admiradas, las más altas, cuando tratan de cosas de la guerra, caen en la más lamentable ramplonería y argumentan con la vulgaridad más espantosa? No es lo malo que no sepan historia—aunque la historia

sea de la que se puede aprender leyendo novelas como *Abajo las armas*, de Berta Suttner, la pobre baronesa austriaca que se murió á tiempo, porque si llega á vivir ahora, y no se hubiera muerto de pena, al ver ¡ella tan pacifista! que su país desataba la guerra... la habrían tenido que fusilar por germanófoba. Lo peor es que pueda escribirse que el derecho ante la necesidad es cosa despreciable; que la ley no merece respeto; que por encima de todo, como razón suprema, está la fuerza... y que estas palabras, apología de la barbarie, salgan de la misma pluma que escribió tantas otras espirituales palabras llenas de idealidad. ¡Y las gentes que se llaman de orden saboreando, comentando y divulgando con regodeo todo eso... que es anarquismo puro!

¿Pues, y ver en el otro lado á hombres de indudable talento ladrando como gozquecillos despechados, y llevando su apasionamiento al ridículo extremo de renegar de aquel á quien aclamaron por maestro, tan sólo porque el maestro se ha pasado á la *filia* de enfrente? ¿Pero es que por haberse contagiado de esa epidemia de obcecación, deja de ser él quien es y no son ya lo que siempre fueron sus geniales obras?...

¡Veneno de la guerra que todo lo inficionas, como la peste que suele servirte de cortejo! ¡Sólo por lo que enturbias la razón merecerías ser odiada, ¡guerra! Para celebrar tu aniversario, guerra, mi maldición. ¡Maldita seas, guerra, porque eres la injusticia, la pasión, la violencia, la crueldad; porque, montada en el caballo hojas seca del Apocalipsis—como en el cuadro que se guarda en el Museo pacifista de Lucerna—la Muerte, con su dormán de huesos, es el general que guía tus ejércitos, y en su Estado Mayor figuran los siete pecados capitales!

Y esperemos el día en que, como desapareció la esclavitud, desaparecerás de la tierra. De la tierra que no se redimirá del dolor, pero que no tolerará civilizaciones que tengan por objeto supremo destruir ciudades y llevar á la muerte á millones de hombres... El día que sobre la vanidad de un jefe, el orgullo de una casta, las ganancias de una clase ó el interés de un Estado haya un derecho supremo é intangible: el derecho á la vida del hombre.

Del hombre, del último hombre, si en esto de ser hombres puede haber últimos y primeros, del hombre que no es más que eso: *hombre*, y con serlo lo es todo—Juan Español,

John Smith, Pablo Dupont, Franz Meyer, Basilio Wlaudowicht—el hombre—rey del mundo:  
EL HOMBRE...

...Porque para este hombre se hizo el universo en el Génesis. Para bien de este hombre se formaron todas las agrupaciones, desde la tribu hasta el imperio... Y fué por este hombre—y no por la extensión territorial de los Estados ni por el dominio de una raza ni por el lucro de un comercio—por lo que murió muerte de cruz ese Dios que algunos quieren ver ¡blasfemos! dirigiendo las batallas en que pierden la vida, con el odio en el alma y en trance de pecado, aquellos que Él redimió con su sangre...

## VII

El tren, la playa, el balneario... Agosto... Veraneo, regatas, corridas de toros, batallas de flores... España se divierte. En la terraza del hotel de moda, en el parque de su *villa* el buen burgués, jugando al *bridge* ó al *pocker*, descansa de la fatiga abrumadora que supone haber pasado todo el invierno.. jugando al tresillo y al billar. Dicen que hay guerra. ¿Dónde? ¡Por ahí fuera; en Europa!... ¡Ah, en Europa!... Pero Europa es una tierra lejana. Y nosotros, abroquelados en nuestro egoísmo, no queremos enterarnos de su tristeza y su dolor.

Es cosa de hacer una nueva rapsodia de los famosos versos: «¡Frivolidad, divino tesoro!» Porque es, realmente, esta inconsciencia frívola, como de chiquillos ó de mujer caprichosa y mimada, el único tesoro que nos queda. Es

ya el segundo verano que pasamos así. ¡Que el cañón truene sobre Iprés, sobre Varsovia, sobre Trieste; que se empape en sangre inocente de víctimas inmoladas á la ambición la tierra de Flandes, de Normandía, de Polonia, de Galitzia, del Trentino, del Véneto, de la Istria; que por la médula del mundo corra el trágico estremecimiento de la guerra!... De todo ello á nosotros nos llega la noticia, el parte que transmite la agencia, la crónica pulida del corresponsal que busca en sus adornados relatos de la guerra la plataforma en que lucir su doble vanidad de hombre y de literato... ¡El cerco de Varsovia; la retirada rusa!... ¡Cien mil prisioneros; treinta mil muertos!... ¡Ah, qué grandioso todo eso, cuando todo eso no es para nosotros más que la noticia emocionante, leída en la sierra ó junto al mar, mientras los ojos tienen para su recreo la paz del valle, la majestad de los picos encaperuzados de plata, el remanso de la bahía en calma; y á los oídos llega el tintineo de las esquilas con un sonar de égloga ó el vibrar de los violines de los *tsiganes*, y para los labios y las fauces hay, esperando entre hielo, una de las botellas que lograron salvarse del asalto de Reims!...

¡Frivolidad, divino tesoro! No nos avergoncemos. ¿No ha fallado ya el mundo que somos un pueblo decadente? ¡Pues como lo que somos vivimos! Estamos contentos, muy contentos. Nos divertimos ¡queremos divertirnos! El verano pasado, á los pocos días de estallar la guerra, quejábase cierto embajador porque en el hotel donde él pasaba su jornada se bailaba á la hora del té. Y una dama replicó vivamente: —¡Seguimos el ejemplo que nos dió Europa en 1898!

Y ahora mismo ¿Es que somos los únicos que procuramos divertirnos? ¿No buscan también los más atormentados, los más doloridos, el modo de hurtarse al dolor y á la tortura acogiéndose á la distracción, á la frivolidad? Por Charlotemburgo y en los jardines vieneses hay músicas y danzas; en las playas del Báltico hay toldos y bañistas; por las aguas del Támesis se deslizan las barcas, y en su fondo, sobre los muelles almohadones, acompañado por la rubia *girl* de tez de rosa que le sonrío con amor, el mocetón fuerte y sano fuma su pipa, insensible á los estimulantes carteles con que Lor Kitchener le llama desde la orilla, diciéndole: «Aquí hay un puesto para usted»... «Es usted el hombre que necesito»...

Europa quiere aturdirse, olvidar, huir de la realidad; hacer que vuelva á ser lo que fué. Los periódicos publican los anuncios de los veranos anteriores á la guerra: *Billetes de vacaciones. Viajes á la Costa de plata...* Ayer leía yo un itinerario de excursión, evocador de bellísimos paisajes: Annecy, Evián, Chamonix; la Saboya, la ruta de los Alpes... Y el anuncio, encajado en la vieja y amable *Revista de ambos mundos*, venía precisamente entre las páginas en que Bourget narraba una tristísima historia de la guerra, una novela trágica y simbólica—*Le sens de la mort*—en que el gran maestro coloca frente á frente, sobre el fondo de un hospital de heridos, á un sabio médico enfermo, desencantado y pesimista, y á un joven oficial lleno de vida y de esperanza, que representan los dos estados del alma de Francia en la terrible crisis por que atraviesa ahora aquel noble país.

¡Frivolidad, divino tesoro! Mientras entre fragores de pelea resuenan los vítores patrióticos, nuestro grito en la blanda neutralidad, es: ¡Viva la bagatela! Y nuestro más perfecto símbolo esa linda carroza que han divulgado los periódicos ilustrados: dos bellas muchachas con mantilla blanca y dos muchachos con



chaquetilla corta y cordobés sobre un cajón de transportar reses por el que asoma un fiero toro; adornando la caja una guitarra, una puya, un capote de paseo, un castoreño. El lema debiera haber sido: «España en 1915». Porque eso somos en la decisiva hora presente. Cuando ruedan todas las artillerías, esa carroza es nuestro carro de guerra; esa florida y fragante batalla de Valencia todo nuestro combate.

Y la frivolidad es la píldora de éter ó la ampollita de morfina que nos mantiene insensibles á un dolor que por ser humano debiera ser nuestro... ¡Hasta que un día el dulce veneno haga su efecto y termine de modo funesto nuestra euforia!...

—¿Quién fué Brummell? Esto me pregunta *un curioso lector*. ¿Lector? ¿Curioso?... La letra de la carta es grande, ancha, picuda: *Sacre Cœur*. Creamos, sin embargo, en el masculino del anónimo.

Jorge Bryan Brummell, de quien hablé incidentalmente en una *charla*, floreció en Inglaterra á principios del siglo XIX. Fué un elegante, ó mejor dicho, *el elegante*: el rey del *dandismo*. Estudió en Eton y en Oxford, sirvió como alférez en el escuadrón de húsares

que mandaba Jorge IV, entonces príncipe de Gales. Se ganó toda la confianza de éste y fué caballero de honor en su boda, con preferencia á duques y pares de Inglaterra. Tuvo más relieve y más influencia que nadie en una sociedad en la que brillaba Byron. Inventó el frac. Era fatuo, jugador, borracho é impertinente.

Barbey d'Aurevilly, que ha sido su mejor biógrafo, dice en una frase todo el carácter de *Buck Brummell*: «Tenía la Impertinencia y la Gracia, y así se completaba. Porque la Gracia sin la Impertinencia ¿no sería una rubia demasiado sosa? Y la Impertinencia sin la Gracia ¿no resultaría una morena demasiado provocativa?»

Su impertinencia perdió á Brummell; como Petronio de Nerón, se cansó del rey, y cayó en desgracia. Jugó. Perdió. Abandonó el Club Watier, el más entonado y hermético de todos los círculos de Londres, y se refugió en Calais. Y, después de algunos fugaces resplandores, murió en una casa de locos.

Se recuerdan de Brummell varias anécdotas: En pleno Hyde Park finge no conocer á Jorge IV, de quien era tan amigo, y pregunta desdeñoso:—«¿Quién es ese gordinflón?...» A uno de sus acreedores que le reclama el pago

de su deuda, le contesta: «Os he pagado».—¿Pagado? ¿cuándo?—pregunta el pobre hombre—. Ayer tarde, cuando os saludé delante de gente llamándoos *amigo*».

Además del libro de Barbey d' Aurevilly hay una biografía de Brummell escrita por el capitán Jesse, dos novelas, el *Granby*, de Lister, y el *Pelham*, de Bulwer, evocan la figura de Brummell.

Queda complacido el curioso lector de la letra picuda. Si la letra mintiese, y el lector fuera en efecto *lector*, tenga presente una exacta frase de Barbey: «No se puede aprender á ser Brummell: se es ó no se es»... Y si la letra revelase la verdad del sexo, no caiga mi amable comunicante en la tentación de guardar excesiva simpatía al recuerdo de Brummell. Brummell, demasiado ocupado de sí mismo y de su guardarropa, no amó á nadie y no mereció que se le amase. Era la impertinencia, y era también el egoísmo y la frialdad.



## VIII

Es cosa averiguada que en los valores morales, como en los económicos, hay junto á un fondo inmutable una modalidad que varía según el sujeto y las circunstancias. Moral «en uso»; que más bien pudiera llamarse «en desuso» en ciertas ocasiones.

Frente á la fijeza teórica de las tablas que marcan la valoración ética de los actos humanos, oponemos en la práctica la más encantadora variedad de criterios. Lo que en un día, á una hora, en un ambiente y en tal forma consideramos inmoral, puede llegar á convertirse en lícito y hasta en meritorio. La moral—se ha dicho, recordando las esenciales diferencias que existen entre las escalas de valores éticos de Europa y las del continente negro—es cuestión de raza, de latitud y de clima. Desde luego influye decisivamente en ella la temperatu-

ra y la estación. No hay que cambiar de tribu para apreciarlo. Sin salir de las tribus europeas se ve que existe un juego de morales de recambio: una moral de invierno, abrigada, resguardadora, fuerte, y otra moral de verano, abandonada y laxa entre las condescendencias de su holgado *deshabillé*.

En Agosto, en una playa de moda, puede apreciarse fácilmente. ¡Las cosas que se toleran por los mismos y las mismas que durante el invierno, en la severidad de su provincia, lo encuentran todo atrevido é incorrecto! Ya se sabe que para ciertos círculos y grupos lo más apetecible en la vida de mundo es la homogeneidad. Cuando una señora burguesa dice de una reunión ó espectáculo que «había mucha mezcla...», ha fulminado con eso su mayor anatema. ¡Pues ahora todo es mezcla! La característica del veraneo es la promiscuidad. Las que en invierno fruncen el ceñito, muy escandalizadas, cuando en sus paseos dominigueros en torno del kiosco donde toca la música, ó en el reservado donde toman su té aparece un perfil dudoso, conviven en verano con todas las indudables que pululan alrededor de los casinos en que hay treinta y cuarenta y *bacarrat*.

Y no es que finjan ignorarlas, que esto sería una forma de supremo desdén. Están enteradas, muy enteradas, y si no lo están procuran enterarse. Cuando en el comedor ó en el *hall* de un hotel se presenta uno de los errabundos pájaros de lindo y vistoso plumaje, con más atención que las de los hombres se fijan en él todas las miradas femeninas. Suele ser la mujer la que le dice al marido:—Mira. ¿No has visto esa que acaba de entrar? ¿Quién será?— Y el marido, por complacer solícito la curiosidad de su mujer, hace sus averiguaciones, y á los pocos días suele estar ya suficientemente documentado y puede presentar una detallada biografía.

¡Moral de verano! Ligera como la indumentaria. La indumentaria que este año, en lo que se refiere al atavío femenino, ha llegado á lo sucinto. Parecía que con la desaparición de las faldas estrechas, aquellas *entravées* tan discutidas, la pobre Moral iba á ir ganando algo. Pero resultan más deliciosamente perversas estas falditas de *cloche*, tan gratas á los aficionados al figoneo, que antes tenían que contentarse con el recreo que ofreciera á sus ojos la cándida generosidad de las «tobilleritas». Hoy todas las mujeres son «tobilleras»; y ni á

«tobilleras» llegan porque, hasta en matronas respetables, queda entre el borde de la falda y el tobillo amplio campo visual.

La promiscuidad y la identidad del indumento da lugar á confusiones peligrosas. Ni los más experimentados saben distinguir en ciertos casos. Tanto han exagerado las intachables el atrevimiento de sus *toilettes*, que las que no tienen ya nada por tachar adoptan apariencias de recato para que las distinguan, pues ellas tienen su interés en evitar la confusión y marcar las distancias. Y lo peor es que al verlas así, vestidas lo mismo, algunos no aciertan á establecer diferencias en el trato y á todas hablan con el mismo poco comedido lenguaje:—«¡Pero qué *gansada* la dije ayer á Fulanita!»—suelen decir después, autocalificándose muy acertadamente, los que juzgan que el modo de acreditarse de hombres de ingenio y de mundo es tratar á las señoritas como si no lo fueran, cuando lo caballeroso sería lo contrario: aplicar en todo caso el arancel que más favorece, y tratar como si lo fueran á las que no lo son.

Decididamente todo es convencional. Así como para faltar al quinto mandamiento hay una forma tolerada por la moral mundana,



que es el duelo; y otra admirada y enaltecida, que es la guerra; y para infringir con gran provecho el séptimo hay diversas invenciones industriosas que no creo discreto detallar, así hay para soslayar todo precepto moral mil fórmulas correctas.

Ponderando la inmoralidad á que había llegado en su decadencia cierta civilización remota, decía yo ayer á una señora:—Figúrese usted que existía la costumbre de reunirse, en cierta época del año, en un paraje delicioso; las mujeres, vestidas con vaporosos trajes, se sentaban en el suelo; junto á ellas, sobre la fina arena del paseo, se tendían los hombres. Mientras tanto, otros hombres y otras mujeres, con breves y ajustadas mallas que dejaban al descubierto brazos y piernas, jugueteaban á dos pasos, corriendo, saltando unos sobre los hombros de otros, persiguiéndose, retozando con gran libertad y algazara. Los que estaban vestidos se acercaban á los casi desnudos, y algunos lo hacían provistos de gemelos para apreciar todo detalle; y entre los desnudos no faltaba quien viniera, con su tan reducidísimo atavío, á tumbarse junto á las muchachas, que le acogían sonrientes sin la menor extrañeza.

—Pero, ¡qué atrocidad!—exclamó la señora.

—¡Eso es escandaloso! ¡En Pentápolis sucedería eso! ¡El fuego de Dios castigaría tal abominación!...

—Señora; eso... ¡es una playa!

Y la señora, tranquilizada por completo, repuso:—¡Ah, vamos! Me había usted asustado. ¡Eso es otra cosa!...

No tuve más remedio que decirla:—¿Está usted segura de que... es otra cosa?...

¡Oh, mar, mar! Más eficazmente que la luna propicia y que el sol ardoroso, tú, con el libre abandono de tus playas, con la promiscuidad indiferente de tus baños, con la forzada intimidad de tus excursiones, sirves á aquella diosa que no en balde salió de tus espumas...

## IX

Si Larra viviese ahora, y bien nos vendría que resucitara, diría que España era no el país de los viceversas sino el de las competencias. Competencias negativas, por supuesto; porque en la mayor parte de los casos no las inspira la noble emulación y el legítimo afán del provecho propio, sino el deseo envenenado y ruín del ajeno daño. Desde el zapatero que planta su portal frente á la tienda del vecino que logró prosperidad y clientela, y al establecerse exclama:—¡Pues, hombre! ¿Qué se habría figurado? ¿Iba á ser todo para él? ¡Ya verá ahora cómo gana menos!—hasta el político que al levantar bandera antes que de conquistar adeptos trata de disminuir los del contrario, todos ponen su conato en *achicar* al competidor. El placer está en eso: en achicar.

Cuando nuestras multitudes españolas parece que crean un prestigio y elevan un hombre, no es que lo eleven á él: lo que hacen es derribar á otro. En los toros, claro espejo de las pasiones nacionales, esto se ve perfectamente. Todos los días son á salir fenómenos é ídolos, aborrecidos apenas encumbrados, cuya boga no dura más allá de una temporada: el más querido, el más mimado un año, es al siguiente denostado, perseguido con encarnizamiento. La carrera de los diestros favoritos tiene dos etapas; en la primera se les aplaude todo y hasta sus golletazos pasan por estocadas; en la segunda nada se les perdona, y viene, al descuido más leve, aquello de ¡Aprende de Fulano!; el *Fulano* de turno con cuyos nacientes resplandores se quieren sustituir los del astro en descenso. La otra tarde oí decir á un picador:—A Joselito empiezan ya á echarle los públicos. Echaron á *Rafué*, echaron á *Bombita*... ¡echarán á *tóos!* Porque lo que á los públidos les gusta es empinar á sus hombres *pá* tumbarles después...

¡Todo un curso de psicología nacional en estas palabras de un picador de toros! ¿No son, después de todo, las mismas amargas y profundas palabras de Pulgar?

Diríase que andamos tan sobrados de héroes y prestigios que tenemos que darnos prisa para gastarlos pronto y renovarles. En otros países, el que por su talento, su trabajo ó su genio llega á una cumbre, sabe que en ella puede disfrutar la victoria y la paz: aquí la cumbre sigue siendo lucha, discusión; á nadie otorgamos el seguro del respeto ni permitimos el descanso.

Los jóvenes *arribistas*, que pasan sus días mejores conjugando el futuro del verbo llegar, debieran tenerlo muy presente. ¿Llegar? ¿Dónde? ¿Llegar á producir una obra gigantesca, iluminada por destellos geniales, admirable por lo intensa y fecunda, para que unos niños displicentes digan, como vosotros decís ahora, que aquello es cosa anticuada y desdeñable y no merece estimación?

Fuera de España hay una zona, una región suprema, donde los más altos prestigios viven en calma, libres de toda discusión: se podrá, según los gustos y las preferencias de cada cual, sentir por ellos mayor ó menor simpatía, pero el respeto no se lo niega nadie. Aquí es un deporte juvenil el atreverse con los que no se puede llamar «consagrados», porque ni la consagración les sirve para nada, ni se ve el oleo por ninguna parte.

Esta pasión iconoclasta suele ser, además de otras cosas bajas y lastimosas, pedantería y prurito ridículo de originalidad. Los espíritus refinados se pasan la vida diciéndole al público lo que debe admirar y cuando, al fin, el público sigue su consejo y lo admira... ellos se ponen á admirar otra cosa. Parece un juego de chiquillos:—¡Por aquí, por aquí!—dicen los guías, y cuando la multitud acude hacia donde la llaman, ya están ellos en otro lado. ¡Y luego se quejarán si no les hacen caso! ¿Pero es que hay modo de seguirles en su veleidad?

Nada más ilógico que este afán de la comparación que nos hace juzgar de los hombres y las cosas no por lo que son, sino refiriéndoles á un tercer término. Es un criterio primitivo: el del aldeano que para juzgar de la capital de su provincia dice que es mejor que la cabeza del partido. Y en el fondo tiene su malicia el procedimiento. Porque comparando, siempre habrá algo ó alguien que resulte poco favorecido en la comparación, y el recóndito y no confesado placer que esto produce, compensa la tristeza que causa el inevitable ensalzamiento de aquel que en la comparación salga victorioso.

¿Para qué poner siempre frente á frente dos

nombres, como si se tratase de proveer una plaza por oposición ó concurso?—No; el que vale no es Fulano, sino Mengano... ¡No, señor! ¡Valen los dos! Cada uno por lo que es. ¡Pero si hay sitio para todos!

Parece que no le hay, sin embargo, viendo cómo se entablan en todo y para todo furiosas y enconadas competencias, y cómo los que vienen detrás arremeten contra los que están delante, que para librarse de la irreverente acometida no tienen más que un medio: aquel que aconsejaba el astuto Gracián: «no aguardar á ser sol que se pone». Retirarse á tiempo, como se retiró *Güerrita*. ¿No es bien elocuente este ejemplo? ¿Y no podría recordarse en la política el caso de algún *Guerrita* que debe á su oportuna retirada parte de su aureola, y á quien, si volviese al ruedo, silbarían desaforadamente muchos de los que hoy le aplauden y jalean?...

---

¿Quién ha dicho que España permanece pasiva, indiferente en esta hora trágica y decisiva? ¿Quién pretende que España en su cómoda neutralidad no se preocupa de las tristezas y fatigas de Europa y no procura compartirlas? ¡Oh, no! Al unísono del corazón del mundo

late el nuestro, y los pueblos que luchan pueden estar seguros de que no nos olvidamos de su cruento dolor. Yo he visto hasta qué punto llevamos nuestra solidaridad con los que combaten, con los que mueren. Oíd.

Es en el más lujoso hotel de una playa de moda. Noche de fiesta. Entre un tango y un vals la orquesta toca una canción: una canción inglesa. A su compás danzan las parejas y todos, los que bailan como los que no bailan, corean con entusiasmo la canción que comienza:

«*It's a long way to Tipperary...*»

Y al callar la orquesta resuenan atronadores aplausos. Esa canción es un himno de guerra. Con ella van los voluntarios ingleses á las trincheras. ¿No es de estimar como prueba de simpatía de una delicadeza exquisita y de una oportunidad encantadora, que de esa canción de guerra cantada por los que van á la muerte hayamos hecho el *one steep* de moda?

¡Oh, el *Tipperary* oído allí, en la sala de baile! Pero así somos. Se baila hoy con el ritmo de un canto de combate, lo mismo que hace tres años se tomaba el té con acompañamiento de los trágicos salmos del *¡Más cerca de Tí, Dios mío!*... el himno del naufragio del *Titanic*.



*It's a long way to Tipperary.*

«Está muy lejos Tipperary». ¡Muy lejos, sí; afortunadamente! Pero como hemos cantado en un baile lo mismo que los ingleses cantan en la trinchera, y, por si fuera poco, hemos oído por la mañana una misa por el kaiser austriaco, nuestros deberes con Europa están cumplidos.

A la hora de la paz Europa sabrá, seguramente, tenerlo en cuenta. ¡Ese *Tipperary* bailado va á servirnos de mucho!...



## X

Parece que va abriéndose camino la idea de que la guerra actual va á redundar en beneficio del socialismo. Entre nosotros Benavente y *Asorín*, cada uno desde su acera, han coincidido en afirmar que, suceda lo que suceda, el fin de la guerra determinará el advenimiento de una era socialista. Suceda lo que suceda, pero más todavía si lo que acontece es el triunfo, absoluto ó relativo, de los que el común sentir ha dado en tomar por defensores de los principios tradicionales.

Pero ¿hasta ahora no nos habíamos enterado? Desde que comenzó la guerra venimos indagando por qué se lucha. Y se ha dicho que se lucha por muchas cosas: por la hegemonía militar de Europa, por la preponderancia de un comercio, por el equilibrio contra el impe-

rialismo, por la personalidad, ¡por la religión contra la impiedad, según algunos de esos espíritus beatíficos y perspicaces que han tomado en serio aquello del kaiser testamentario de Felipe II! Y la verdad es que lo que se debate por encima de todo es si el individuo y sus esencias y atributos (derechos, bienes, libertad, vida, autodomínio, felicidad) han de estar á merced del Estado para que el Estado se sirva de ellos á su antojo, ó el Estado ha de ser un organismo creado para el mayor bienestar individual. ¿Quién es para quién? Esa es todo la cuestión: y en ello está la más neta diferencial de individualismo y socialismo.

Pues nunca como ahora se ha visto que la acción del Estado llegue á más y más hondo, y que el individuo sea sacrificado á lo que se dice interés del organismo, del todo, de la comunidad. La guerra está resultando el más completo ensayo de socialismo que se había practicado hasta la fecha. Nunca en la paz pudo intentarse una tan minuciosa y rígida reglamentación de la riqueza: las medidas policíacas adoptadas para ordenar el consumo son un trasunto real de las teorías que exponen los profesores socialistas. Y en cuanto á la solidaridad en el trabajo, ¿puede llegarse á más

que á la absoluta igualdad del sacrificio en la trinchera? Y es que el ejército—hablo del ejército permanente de conscriptos—es una organización socialista, aunque no se hayan percatado de ello ni don Pablo Iglesias ni algunos generales. ¿No tiene el cuartel algo de fanlansterio?

¡Y qué socialismo este socialismo de Estado de la guerra! Sabíamos hasta ahora del «Estado gendarme» dormitando en su esquina, y del «Estado providencia», paternal y celoso; pero nada nos habían dicho los libros del «Estado improvidente», cruel y maléfico, que sacrifica implacable á los súbditos para asegurar un quimérico triunfo que será el triunfo de una palabra, de un nombre. Porque ¿qué será la victoria de un Estado en el que han muerto ó están cojos, mancos, ciegos, inútiles la mayor y mejor parte de los hombres que lo componían?

Será curioso ver después de la guerra cómo vencen y se difunden los principios opuestos á los que creían defender los vencedores. Curioso, pero no nuevo. ¡Si esta contradicción entre lo que mandan las armas y lo que la vida decreta—que representa, en definitiva, el triunfo del derecho sobre la fuerza, de la lógica sobre

la sinrazón, del espíritu sobre la materia— basta para demostrar la estólida inutilidad de la guerra! ¿Podrá soñar ninguno de los contendientes de hoy con un tan aplastante triunfo como el de los bárbaros sobre Roma? ¿Y de qué les sirvió? ¿No se latinizaron los germanos? ¿No fué Roma, en realidad, la vencedora? ¡Temamos al espíritu que es el que hace conquistas! ¡Procuremos defendernos de un espíritu más fuerte ó más cauteloso que el nuestro! Porque si nuestra alma está bien defendida en su fortaleza; armada de inteligencia, erizada de púas y alambres de sagacidad para enredar al que se meta dentro, y sabe, contra toda captación y contra todo embate, seguir siendo *ella*, firme y segura en su personalidad, ¿qué podrán hacer para vencerla todos los cañones?...

No he sido nunca socialista, y lo seré menos cada día pues va afianzándose en mí la convicción de que lo que hace falta es defender y exaltar al hombre, y que eso del amor á la humanidad es un rodeo para no amar á nadie. Me disgusta especialmente el socialismo desde que adopta la forma del sindicato hórrido: ¡el sindicalismo con su régimen ramplón y buro-

crático; la vida convertida en una oficina inmensa, el mundo entero con escalafón, plantilla y nómina, sujeto á la oligarquía pedantesca de los técnicos, y sustituidos los bellos estímulos del amor á la patria por los yertos conceptos del interés sindical y del servicio público! ¡Espantoso!

Pero en algunas ocasiones pienso que no vendría mal un poco de socialismo, suave y con cloroformo, suministrado desde el ministerio de Hacienda en dosis de impuestos correctores.

Hace pocos días visitaba yo en el Norte de España un paraje simbólico, como aquellas ingenuas fantasías, ya pasadas de moda, en que se acumulan de un lado todas las venturas y de otro todas las tristezas para la mayor enseñanza del apólogo.

Ancha y profunda ría navegable. A una orilla palacios ¡ay, deplorables artísticamente casi todos!, quintas, parques, frondas, playas oreadas, frescas y espumosas, cielo azul; riqueza, reposo, bienestar. A otra viviendas sórdidas, zaquizamís, talleres, lavaderos de mineral, hoscos artilugios, chimeneas; humo, estruendo, sudor, fatiga, todo el horror de la mina y de la fundición. En la plácida noche, mien-

tras una orilla, se empenacha con la roja llamarada de los hornos, por la opuesta cruzan, como cometas bellos y raudos, las pupilas fulgurantes de los *autos* que vuelven del teatro...

¿Apagará aquéllo á éste? Debiera amortiguarlo por lo menos. Que el contraste fuera menos violento, y que en una orilla hubiera un poco más de expansión, de descanso, de recreo, de cultura, de higiene; de vida humana, aunque en la otra hubiera menos adorno en las fachadas y menos brillantes en los prendidos de las damas. Todos, y el buen gusto antes que nada, habrían de salir ganando.



## XI

Un amigo mío me escribe muy alarmado porque en la *charla* anterior aventuraba yo la hipótesis de que la terminación de la actual guerra señalase el advenimiento de una etapa socialista.—Pero ¿será posible?—pregunta. Posible, sí; pero no hay que asustarse. La nueva era socialista no traerá hondas perturbaciones ni molestas mudanzas; pasaremos á ella sin sentir: ni siquiera nos asombrará con imprevistas novedades. Un día se nos dirá por un sociólogo ó por un estadista «que el viejo individualismo ha dejado paso al régimen socialista, joven y fuerte», y las gentes se preguntarán, algo desencantadas:—¡Ah! Pero ¿era esto?...

Y es que hace ya tiempo que el mundo se va haciendo socialista. ¿No es característica del socialismo la supresión de la propiedad in-

dividual? Pues cada vez resulta más fácil disfrutar, sin ser propietario, de muchas cosas que antes eran patrimonio exclusivo de una persona, y que ahora se ha socializado, entrando, en cierto modo, en la categoría de bienes comunes, cuyo uso es de todos.

El derecho de propiedad, como indispensable para gozar de las ventajas y utilidades que nos proporcionan los bienes de la tierra, es algo rudimentario y tosco que se conserva sólo en los núcleos de civilización imperfecta. Hoy el ser propietario de muchas cosas constituye una molesta inferioridad: el refinamiento del bienestar consiste en no ser dueño de nada y usufructuarlo todo.

Es lo que distingue la vida urbana de la rural. El que vive en la aldea necesita ser dueño, único y exclusivo, de todo lo que usa: ha de tener su caballo, su coche, su parque; comprar su libro, su periódico; instalar su baño si gusta de la limpieza y de la higiene; pagarse, si es gastrónomo, un buen cocinero. En la ciudad, sin poseer á título dominical nada de eso, cualquiera puede, con menos dispendio, usar de coches, caballos y hasta palacios de alquiler, y tiene para sus paseos jardines y alamedas, para su recreo y estudio bibliotecas y

salones de lectura, para su gula bien abastecidos *restaurants*. ¿Qué importa que nada de eso sea suyo, egoístamente suyo, si él goza de todo ello en su momento, y sabe que todo está á su disposición cuando lo necesita? El paseante que toma el sol en el Retiro ó en Versalles goza de la hermosura del paraje exactamente lo mismo que gozaran los reyes de España y de Francia, que tantos millones gastaron en plantar aquellos jardines para su personal recreo. «Soy dueño de un espléndido jardín de invierno: Hyde Park» — decía Kingsley. Y Bernard Shaw, cuando no tenía un chelín, se llamaba más rico que Sardanápalo porque poseía todas las bibliotecas y todos los museos de Londres.

Entre el usufructo colectivo y la propiedad individual, pudiera decirse que no hay más que una diferencia: que en aquél se tienen las cosas cuando se necesitan, y después no hay que cuidar de ellas, y en ésta hay que soportarlas cuando no sirven para nada. Aunque los teorizantes del colectivismo prediquen lo contrario, en la realidad se han socializado los medios de consumo con más facilidad que los instrumentos de trabajo. Y así como el tan recordado Jourdain hacía prosa sin saberlo, el

buen burgués de hoy hace socialismo sin percatarse de ello. Institución socialista es el tranvía, la italiana *carrozza di tutti*, y el ferrocarril y el teatro, el hotel y todo lo que signifique comunidad en el uso, aprovechamiento parcial y pasajero de cosas que no son nuestras y que otros aprovecharon antes y podrán aprovechar después. ¿Puede darse nada más socialista que una casa en que conviven mil ó dos mil ciudadanos, que allí leen los mismos libros, disfrutan de los mismos recreos, usan del mismo comedor y del mismo baño y pasan en los mismos salones la mayor parte del día?.. ¡Pero, eso es un falansterio! No; es un casino... Ya ves, amigo asustadizo, como tú, que consideras tu *club* como una necesidad.. estás viviendo en socialista.

No te alarmes, pues, si el socialismo se acentúa un poquito más. Todo se reduce á ir achicando el campo de lo mío y lo tuyo: esos pronombres, de los cuales el segundo fué siempre francamente antipático y el primero tiene sus incomodidades. Civilizar es socializar. Y es la burguesía la que más va socializándose. Esa costumbre de celebrar en salones de hotel, alquilados, abiertos, las fiestas que antes se celebraban en las casas ¿no es colectivismo?

La señora que da un té en un Palace cualquiera, con invitados á dos francos la taza, hace labor socialista, aunque ella crea que lo único que hace es ahorrarse molestias.

Los ricos de hoy no deben temer el socialismo: seguirán viviendo como hasta aquí. Nada de lo de hoy es incompatible con un nuevo régimen: si acaso el automóvil. El automóvil que, si no se socializa, está llamado á desaparecer porque como medio de consumo es un retroceso: es la vuelta al vehículo propio y patrimonial. No desaparecerá, sin embargo, porque el *auto*, en la mayor parte de los casos, no es un objeto de consumo: es una vanidad. Se tiene *auto* como se tiene un collar: para que los demás sepan que se tiene. Y así como hay señoras que después de comprar las joyas las guardan en la caja del Banco porque les basta que las amigas enteradas digan:—¡Si supieras qué perlas tiene Fulanita!—así hay muchos que, en cuanto la gente se ha dado cuenta de que tienen automóvil... no vuelven á sacarle del *garage*.

---

Ha hablado el Maestro. Cuantos seguimos con admiración el vuelo de su alto pensamiento esperábamos con impaciencia su palabra.

Y su palabra se espació solemne en la austeridad de la Lonja escurialense, ante diez mil personas que la escucharon en silencio para estallar después en el estruendo de ovación entusiasta.

Buenas y bellas palabras estas del Maestro, que no por haber sido ya en otras ocasiones pronunciadas y figurar en libros muy leídos, merecen menos estimación. Benavente no ha querido componer para los Juegos florales de El Escorial un deleznable discurso de circunstancias; ha preferido repetir y subrayar lo que otras veces dijo y escribió acerca del deber, del patriotismo, de la Patria, del porvenir de España. ¡Un gran acierto el suyo!

¿Le habrán comprendido? Hay para temer que no. Hay para temerlo porque el discurso ha sido jaleado, campaneado y publicado, con los honores y ditirambos que antes monopolizaban las largas barbas de Pidal, por toda la prensa ultraderechista. Para mí, que sé por experiencia las fatigas que costaba hace dos años meter en esos periódicos un aplauso al Maestro, esta devoción de hoy es motivo de alegría.

Pero ¿se han enterado? ¿Es sincero, y sobre todo consciente, este entusiasmo? ¿Saben lo

que aplauden?... El discurso es un discurso teosofista. El Maestro ha dado sus pasos por «el sendero oculto», y la religiosidad que impregna sus palabras es la blanda religiosidad de la secta de la Blavatsky, Tingley, Judgue y Roso de Luna. En los conventos tibetianos, en California, en Raja Toya, se recibirá con gozo.

¡Mefistofélico don Jacinto! Entre todas vuestras burlas, de todas vuestras ironías, ninguna iguala en intención y audacia á esta de hacerlos aplaudir de un público católico, á dos pasos de la tumba en que duerme el rey Felipe, *martillo de herejías*, con un discurso inspirado en la más artera, femenina, suave y peligrosa herejía de los tiempos modernos...





## XII

Mi amigo es germanófilo. Desde que la contienda pareció inclinarse á favor de los alemanes tomó resueltamente su partido, y de día en día aumenta su entusiasmo. Para mi amigo, como para todo *filo* apasionado, la guerra es la lucha entre el Bien y el Mal, entre la luz y las tinieblas. Y para mi amigo, el Bien son los hulanos de Hindenburg y los húsares del archiduque, y el Mal el peludo Pitou, el soldado francés y el afeitado Thom Atkins, el voluntario britano. El kaiser es para mi amigo un héroe, un mito, el último Dios reencarnado del Walhalla; la resistencia de Bélgica fué una candorosa inocentada; su invasión una «prudente medida militar» y otra «prudente medida» la destrucción de la Catedral de Reims; no se recata de decir que los submarinos ale-

manes están en su derecho al echar á pique los barcos españoles, y grita después que cuantos no idolatran á Alemania... son unos malos patriotas. ¡Mi amigo es un perfecto germanófilo!

Yo vengo pensando hace algún tiempo cuál será la oculta razón de la germanofilia de mi amigo. Desde luego, como todas las *fili*as que padecemos, la suya es un triste compuesto de odios; una *fobia* al revés. Al desear con vehemencia el triunfo de uno de los beligerantes, mi amigo, como tantos partidarios de uno y otro lado, lo que quiere es... la destrucción del contrario. Al decir que es germanófilo mi amigo quiere decir que es francófilo y anglófilo: que no quiere bien á Francia y detesta á Inglaterra. ¿Malquerencia? ¿Aborrecimiento? Veamos.

18 Mi amigo habla francés é inglés correctamente. No sabe, ni ha pretendido aprender, palabra de alemán. En sus viajes ha visitado Francia, Italia, Bélgica é Inglaterra; residió, muy complacido, en Londres durante un invierno y pasó un verano en Cowes, en la isla de Wight. De todas sus excursiones trajo el más grato recuerdo. Al regresar de cada una de ellas ponderaba, entusiasta, las excelencias

de las comarcas y ciudades visitadas, y tenía un desdén compasivo para su patria, para las «cosas de España», para el atraso y la inferioridad de «este desdichado país». Desconoce Alemania. Llegó hasta las márgenes del Rhín y retrocedió renegando de las camas duras y estrechas, del pan que en plena paz era negro y escaso, de las comidas con cerveza, salchichas y compota, del bronco idioma incomprendible. De nada de esto habla ahora, pero en cambio predica y moraliza, viendo en la guerra un castigo de «la nefanda corrupción de París, moderna Babilonia», olvidado ya de que él gustó muchas veces las discutibles delicias de las alturas de Montmartre y del famoso *restaurant* de la calle Real.

Mi amigo viste fuertes telas inglesas, cortadas por un sastre inglés establecido en Biarritz; ingleses son también la forma de su calzado, el modelo de su bastón y de sus guantes, el tejido de su ropa interior, los perfumes de su tocador, el dentífrico que usa y el jabón de su baño. Y para cubrir su cabeza, llena de ideas hostiles á Inglaterra, desdeñaría cualquier sombrero cuya etiqueta no ostentara el *made in England*.

Gusta mi amigo del deporte—que él llama

*sport*, sin duda en odio hacia Inglaterra—y son sus ejercicios favoritos el *tennis*, el *golf*, el *polo* y el *hockey*. Y, despreciando el castizo tresillo, en el casino—por indicación suya rotulado de *club*—juega al *pocker* y al *bridge*. Almuerza y come á la francesa; sus platos favoritos son las carnes semi-asadas, sangrando, con el picante aderezo de salsas inglesas y mostaza; á las cinco se sirve el té en su casa, en un patio amueblado al que ha puesto montera de cristales para poder llamarlo *hall*.

Los hijos de mi amigo se han educado en Francia; el mayor se hizo ingeniero en Lieja; el pequeño fué colegial de San Clemente, en Bolonia, ciudad bella é histórica que, mientras el kaiser no disponga otra cosa, figura en los dominios de «la pérfida» Italia. Para el cuidado de sus hijas, desde que salieron del colegio dirigido por una comunidad francesa, mi amigo tiene á su servicio una severa é imperturbable *miss*.

Aunque la lectura no sea su fuerte, mi amigo, cuando quiere dárselas de enterado, dice haber leído á Shakespeare, á Byron, á Kipling, á Víctor Hugo, á Daudet, á France y á Bourget. De los autores alemanes, apenas tiene noticia de Goethe—cuyo apellido pronuncia á

la francesa—y de Heine, del cual no se sabe á ciencia cierta si fué un poeta ó un filósofo.

Devora mi amigo toda la copiosa literatura de propaganda germanófila y echa al fuego, sin leerles, todos «los embustes» de la propaganda adversa, y empapado de las apologías teutonas admira en Alemania «ese admirable producto de la inteligencia y la fuerza, obra de sus hombres de ciencia y de su ejército». Pero mi amigo, allá en la más secreta zona espiritual, donde adormecemos las grandes sinceridades, desprecia por igual á la ciencia que á las instituciones armadas. En cuanto á lo primero, asoma muchas veces á sus labios su desdén hacia los intelectuales. En cuanto á lo segundo, se opone con toda su autoridad paterna á que sus hijas entablen relaciones con oficiales que tengan por todo porvenir su espada, porque la espada de un oficial español, que es un presente de honra y una esperanza de gloria y heroísmo... no le parece «buen partido».

Mi amigo es un burgués; un burgués sedentario y negativo, que ni siquiera se tomó el trabajo de enriquecerse: se lo dieron todo hecho; amasado con la desamortización y el pacto de retro. Y mi amigo, adorador del es-

tatismo á la prusiana, del ciego obedecer á máquina, de la organización joh, la organización!, es díscolo, indisciplinado, rebelde y anarquista. Anarquista con la anarquía del español bien acomodado; la terrible anarquía mansa de los elementos de orden. La anarquía del «¡me da la gana!», fórmula expresiva con que quiere imponerse, como suprema ley, la desbocada y dominante voluntad. Para mi amigo es un placer burlar leyes, conculcar reglamentos, infringir preceptos y ordenanzas de policía; monta al tranvía en marcha, fuma en los departamentos de no fumadores, no declara las mercancías en aduanas y fielatos, lleva su automóvil á velocidades prohibidas, y para contestar á todo agente de la autoridad que intenta hacerle cumplir lo prevenido, tiene la frase insubordinada y altiva del señorito español mal educado é influyente:—Pero ¿usted sabe quién soy yo?...

Y ahora, lector, ¿podrás decirme por qué es germanófilo mi amigo?...

### XIII

Dentro de dos ó tres siglos, en el XXII ó en el XXIII, un investigador prepara un erudito estudio acerca de nuestra España de hoy. El investigador reúne datos, acopla documentos y materiales para inducir de ellos cuál era el pensamiento español en este período; qué nos interesaba y de qué nos preocupábamos los españoles en estos días, tan preñados de historia. Entre los documentos que recoge se halla un número de un semanario ilustrado: un semanario popular, de gran circulación, un semanario de calle, y más que de calle de café y de casino, pasto dominical y casi único de los analfabetos por atrofia; esto es: los que saben leer pero no utilizan este precioso privilegio. El semanario lleva la fecha de 17 de Septiembre de 1915. Y el erudito investigador

del siglo XXII ó XXIII, aplicando su lente experimental, dice:—«Veamos lo que contiene este periódico. Este periódico, según datos inconcusos, era uno de los más leídos en su tiempo; su público era un público mesocrático que representaba el nivel medio de la cultura española. Como casi todas las publicaciones de su clase, ésta, más que á guiar la opinión, aspiraba á reflejarla: era un espejo, un retrato, un gráfico. En sus páginas recogió, seguramente, los gustos, las aficiones, las costumbres, la vida de los españoles de los comienzos del siglo XX. Para saber cuáles eran las preocupaciones españolas en aquellos momentos críticos, en que se estaba debatiendo la suerte de una civilización y de una época, estas páginas pueden servirnos de mucho. Hojeémoslas».

Y hojeando el semanario, he aquí lo que descubre:

Un artículo de firma prestigiosa: su autor, catedrático, publicista, crítico, político, hombre que ha pasado al Enciclopédico con una legítima reputación de escritor serio y concienzudo, diserta acerca de una minucia lingüística: ¿Cómo debe decirse, *folk lore* ó *demopedia*? Muy altos y peregrinos ingenios vienen discutiendo acerca de tema tan trans-



cidental. ¿*Folk lore* ó *demopedia*? ¡La cosa es grave! Bien merece que gastemos en dilucidarla tres ó cuatro meses, como gastamos en resolver—en no resolver, mejor dicho—si el plantel de rosales debía llamarse *rosario*, *rosedal* ó *rosaleda*.

Al artículo sigue una crónica: una impresión de veraneo mundano; una página desenfadada en que se cuenta la vida de la sala de juego de un casino, citando nombres propios, y llegando á insinuar lo nefando...

Una encuesta sobre si se debe ó no crear el proyectado asilo para escritores y artistas enfermos y ancianos. Dos artículos de toros y toreros. En uno de ellos—detallada entrevista con un matador de renombre—el retrato del héroe, á toda plana: cabeza de gaucho; facciones abultadas, ojuelos pequeños, los dientes surgiendo de la enorme boca en una sonrisa inexpresiva. Un cuento de chulería que narra el fatal amor de una hembra de barrio bajo con un galán infiel y desdeñoso, sultán de verbena.

Tres páginas de deportes: una de ellas, comentario amargo de una gran inteligencia entristecida, que no desaprovecha un momento para su labor educadora. Una crónica re-

trospetiva, evocación de un crimen célebre; un crimen de hace veinticinco años; el primer crimen de esa lista vergonzosa cuyo último nombre, por ahora, se escribió en 1913.

Perdidas entre todo ésto unas referencias de la guerra, incompletas, ligeras, hechas por compromiso, y la reseña de dos fiestas artísticas—el homenaje á un actor, la apertura de una Exposición—celebradas fuera de Madrid.

El minucioso investigador analiza todo esto, coteja este número con otros del mismo y de diversos semanarios, iguales todos en esencia, y como resultado de sus observaciones anota:

«En España, en 1915. Discusiones bizantinas sobre la propiedad y pureza de un vocablo. Frivolidad impenitente; amoralidad é inconsciencia. Idolatría del torero. Arte y literatura mendicantes. Deportismo exhibicionista que ama en el deporte la brutalidad más que la higiene. Gusto por la tragedia presidiabla. Insustancialidad. Desdén hacia la realidad europea. Los españoles se apasionan por la guerra... pero no piensan en la guerra. Verdad es que no piensan en nada. Por aquellos mismos días en que España, bajo un sol rutilante, prolongaba su veraneo, quince millones de hom-

bres peleaban en Europa. Y en Africa, olvidados de sus hermanos, morían de peste los soldaditos españoles».

¿No es cierto que todos, ¡todos!--tú, lector, yo mismo en mi modestia—debemos trabajar cuanto podamos y sin perder minuto para que no sea posible que al margen de la vida española de hoy se trace este infamante comentario?...



## XIV

Una de las pocas cosas en que andamos de acuerdo todos en este país de la contradicción, de la disputa, del «no estoy conforme con usted», es en el reconocimiento de la penuria nacional. España es un país pobre. De ello estamos todos plenamente convencidos. Y en la mayor parte de los casos, salvando raras y afortunadas excepciones, nuestro convencimiento se funda en triste experiencia propia. —¡Pero, si no hay un céntimo! ¡Si vamos á la ruina, al desastre! ¡Si no se sabe lo que va á pasar aquí!—se oye decir á cada momento.

Lo que haya de pasar no se sabe, efectivamente; pero mucho de lo que está pasando no se aviene con el pesimismo de los que vaticinan una inminente bancarrota. Los españoles no tendremos dinero, pero vivimos como si lo

tuviéramos. Si la riqueza de un pueblo se indujera de sus gastos superfluos habría que incluir á España entre los países más prósperos y ricos del planeta. Nuestros presupuestos de educación, defensa y fomento son, comparados con los de otras naciones, bastante modestos; pero en cambio mantenemos el más exorbitante presupuesto del goce y de la vanidad. Por el coeficiente de su cultura, de su producción y de su fuerza, España ha quedado relegada hace tiempo á la categoría de las menguadas personalidades internacionales de tercer orden que se llaman potencias, aunque debieran llamarse todo lo contrario. ¡Sólo en el despilfarro sigue siendo gran potencia España, la rumbosa!

Una estadística inglesa, doblemente seria por ser inglesa y por ser estadística, afirma que España, lejos de ser un país pobre, como creemos los que no tenemos para juzgar más dato que el falaz que nos ofrece nuestro bolsillo, es uno de los pueblos en que tocará á más cada ciudadano el día del reparto de la riqueza general. Enfocada la realidad desde una ciudad española en fiestas, se siente uno inclinado á suscribir tan halagadora afirmación.

Ribereda celebra sus ferias. La animación

ha sido este año en Ribereda extraordinaria. Veinte mil, veinticinco mil forasteros han invadido la ciudad, en bulliciosa invasión simpática, para presenciar unas corridas y admirar á unos diestros. ¡Toritos y toreros: la única verdadera estimación nacional! ¿Qué significa como valor en consumo toda esa animación y esa alegría? Hagamos cuentas.

Calculando en cinco pesetas el coste medio del hospedaje por persona, son ciento ó ciento veinticinco mil pesetas las gastadas cada día en procurarse una habitación y un lecho para descansar de las fatigas de una agitada jornada de diversión y holgorio. La hora de la corrida ha llegado; la plaza está llena; once mil espectadores caben en ella y no hay localidad vacía; el papel se ha agotado en la taquilla, y en los despachos de reventa se ha pagado por él un veinte por ciento de recargo; el ingreso representa más de doce mil duros cada tarde.

Termina la fiesta. Por el paseo, en brillante desfile, ruedan ciento, doscientos automóviles. El coste de estos automóviles se eleva á tres millones de pesetas, asignando á cada vehículo el precio, nada exagerado, de quince mil pesetas. El sostenimiento de los mismos supone una renta anual de doscientos mil du-

ros, doscientos mil duros por lo menos, porque ¿no es cierto, poseedores de *auto*, que se darían ustedes por muy satisfechos si sólo gastaran cinco mil pesetas al año en «entretener» su coche? Y para producir esa renta de un millón de pesetas hace falta un capital de *veinticinco millones*. Veinticinco millones de pesetas, *cinco millones de duros*, y el trabajo á que este capital sirva de instrumento—hombres y hombres sobre el surco, bajo la lluvia, bajo la helada, bajo el sol; entre las máquinas, junto á llamas de horno; en la oscuridad tediosa del almacén, del escritorio, de la tienda...— y todo para que una tarde de Septiembre rueden veloces unos *autos* en dirección á una plaza de toros.

Se llenan los cafés, los *restaurants*, los casinos, rebosan salones y terrazas. Para humedecer las gargantas, secas de calor y de pasión, se consumen diez toneladas de hielo, diez mil litros de cerveza, naranjada, refrescos: treinta mil pesetas.

La jornada termina en el teatro. Hay cinco abiertos y los cinco están abarrotados; en algunos hay que improvisar funciones extraordinarias, á deshora, para compensación de los que no lograron entrar antes; y llenos están



los *cines*, las ingenuas, las primitivas barracas de la feria. ¿Gasto que ello supone? Cincuenta mil pesetas cada noche.

Y dura esto varios días, y en uno de ellos circula por la ciudad una legión de bellas postulantas y el dinero cae generoso en las bolsas respondiendo al dulce requerimiento. Y en otro hay un simulacro de batalla, incruento y frívolo, y en él carrozas, coches adornados, plata que se arroja profusamente convertida en flores, en serpentinas, en *confetti*.

Para asistir á todas estas fiestas las mujeres lucen costosos atavíos; por la noche, sobre el escote, en el peinado, deslumbran las joyas fulgurantes. ¿Quién calculará lo que representa todo ello?

Y lo que hoy sucede en Ribareda viene sucediendo durante el verano en toda España: las provincias todas han celebrado sus fiestas y en todas ha habido igual animación, idéntico derroche. El despilfarro comenzó allá en Sevilla, en los fragantes días de la Pascua florida, y terminará en Zaragoza una tarde de otoño dorada y melancólica. Son seis meses ¡la mitad de cada año, la mitad de la vida! de diversión, de despilfarro.

¡Y diremos después que no hay dinero en

España! Esto me recuerda lo que decía un amigo mío: censuraban delante de él á una de esas familias, tan españolas, de vida milagrosa, que sin rentas conocidas bullen y están en todas partes.—«¡No sé cómo se arreglan!—decía uno de los murmuradores.—Ellos no faltan á nada; van á bailes, á teatros; viajan, veranean, visten bien, se dan buen trato... ¡Y no tienen una peseta, me consta, ni una peseta!»

Y mi amigo, con un profundo sentido crematístico, contestaba:

—Pues si viven así y hacen todo eso... ¿para qué necesitan después el dinero?...

## XV

Amigo estudiante: En una sala en que hay tallas de Berruguete, relieves de Hernández, muñecos de Leoni, un doctor que luce la negra muceta y los rosados vuelillos rectorales, invocando la majestad del rey ha declarado abierto el curso.

Y porque el curso comenzaba tú has vuelto á la ciudad, amigo estudiante. Yo te he visto llegar; te he visto ó te he adivinado. Llegaste en el alta noche, entre el claror indeciso de la madrugada, en esa hora cenicienta de la desilusión y del cansancio, de la cara pálida, el ámago en la boca y el livor en los ojos. Hacía frío. Un vientecillo de suavidad traidora traía desde las sierras las agujas glaciales de las nieves tempranas. Y tú, arrebujaado en tu manta

de viaje, tiritabas en el fondo del ómnibus que saltaba de bache en bache sobre el pavimento detestable.

Así has llegado á tu posada. A la incierta luz de la prima mañana—arco voltáico que se apaga, sol que se enciende—tu aposento, el aposento que abandonaste en Junio, te ha parecido más ruín y fementido. Porque tus ojos y tu alma traen el recuerdo de la estancia en la casa solar: aquel cuarto amplio y soleado, con rasgada ventana sobre el huerto donde hay una higuera que echa sobre el alfeizar sus anchas hojas y deposita allí, como una ofrenda, el dulce fruto delicioso.

Para ahuyentar negros pensamientos de tedio y de melancolía que te asaltan has abierto el balcón, y has dado con la triste y menguada perspectiva de la rúa estrecha, de las casas fronteras, como la que habitas pobres y viejas: portalucos lóbregos, fachadas despintadas, tejados con musgo, mezquinos balconajes. ¡Deplorable decoración para unos ojos que traen en su retina el ancho y rutilante paisaje de Castilla en verano—la luz, el oro, el infinito...! Y al pensar en que es aquélllo y no ésto lo que contemplarás durante todo un invierno, sólo porque eres hombre y tienes veinte años

has logrado que la amargura de tu corazón no se desborde en llanto.

Entristecido has cerrado el balcón y has comenzado á deshacer el equipaje; el equipaje minuciosamente ordenado por una mano sabia y maternal; para cada paquete, para cada prenda un suspiro, un consejo: «—¡Que te cuides! ¡Que no salgas sin abrigo por la noche! ¡Que te pongas la faja de franela! ¡No fumes demasiado, que te hace mucho daño! ¡No faltes á clase; sobre todo á la de ese señor que dicen que es tan exigente!...» Y por tu alma, propicia á la ternura en este instante, se derrama todo el amor de estos consejos, y á pesar de tu fortaleza de varón que muy pronto hará sus días de servicio militar, tus ojos se han cubierto de vapor de lágrimas... y has llorado por fin.

Pero he aquí que para ir acomodando tu ajuar has abierto la cómoda, y allá en un rinconcito tu mano ha asido un mustio ramo de violetas. Y has sonreído al verle. Fué una tarde, una noche. Mayo florido. A la orilla del río; entre los álamos enhiestos filtraba su luz de plata el plenilunio; nevaban los almendros en flor y sobre las aguas se tendían los morados penachos de las lilas. Galeotos fueron la hora, la

estación, el ambiente. Mintió tu boca juramentos de amor eterno, porque creíste que toda la eternidad cabía en aquel instante. Y el ramito olvidado acusa tu perjurio... ¿Qué habrá sido de aquella modistilla?... Te prometes buscarla. A ella ó á otra: cualquiera que sea, siempre será la misma. El recuerdo de aquel amor primaveral ha traído á tu memoria todos tus fugaces amores de estudiante; los del curso pasado: la viudita de enfrente, un amor otoñal que duró de Octubre á Navidad, y te hizo gratos el Tenorio y la novena de las Animas; la tobillera de los portales y del *cine*; la pareja de baile del Casino; la máscara de Carnaval; el *flirt* con la hija mayor del diputado, que se prendó de tí una tarde que te calzaste botines grises y guantes amarillos para asistir á un té de *postín*.

Con todo esto has ido acoplando tu equipaje, y ha ido saliendo el sol. Ya es día claro. Voces en el pasillo. Tus amigos, que han llegado la víspera, entran con algazara, y el estruendo de su irrupción barre las últimas nubes de tu melancolía y disipa la dulce añoranza de las vacaciones en la aldea: la primaverosa, el caballo y el galgo.

¡Ya eres otro, alegre estudiante! Ya eres

el de siempre; el de ayer, el de hace cuatro siglos! Por las calles de la ciudad universitaria correrá tu fuerte juventud y tu lozano ingenio: harás burlas, inventarás donaires, correrás la tuna, vivirás aventuras; tu traza externa habrá cambiado, pero tu gabán ó tu capa bien valen un manteo, y tu alma sigue siendo la misma que alentó en Salamanca y Alcalá, aunque, para fortuna tuya, no necesites cruzar en tu chambergo ó en tu boina la cuchara de palo del sopista.

Tus amigos desarrollan ante tí un magnífico programa de regocijados planes y divertidísimos proyectos. Seguro es que este curso, como los anteriores, los pasarás muy bien. Pero ¿estudiarás, amigo estudiante?

Yo te invito á que estudies. No quiero hablarte en tono enfático y severo de dómíne gruñón; ni el profesar en precario una cátedra basta para autorizarme al sermoneo, ni á ello me inclina mi carácter. Quiero hablarte en camaradería, fraternalmente, como un hermano mayor. Y es á tu corazón, no á tu cerebro, al que hablo.

Amigo estudiante: Esta es la hora de los buenos propósitos, de las inmejorables intenciones. En estos días iniciales se forman para

todo el curso juiciosos planes que rara vez se cumplen. Ahora sientes hacia los libros recién comprados una cordial simpatía; el volumen intonso te atrae como un juguete nuevo. No desaproveches este buen momento. Esa hora diaria que á tí mismo te has prometido estudiar, estúdiala desde hoy; y, creado el hábito, la estudiarás sin esfuerzo durante todo el curso. Pero no has de estudiar maquinalmente; no has de hacer nada maquinalmente: eres hombre, no máquina. Pon reflexión en el estudio, y pon también cordialidad. Trata á las ciencias como galán en trato con mujeres, busca entre ellas la que te robe el corazón y déjate robar, y pues amor es el resorte de tu alma, sea el estudio para tí como plática de enamorado.

No te muevas por el ramplón estímulo del aprobado y de la nota; ni por el sanchopancesco del destino—la notaría, el registro, la titular del pueblo—ni por el ruin deseo, henchido de vanidad y envenenado de envidias, de humillar al compañero. ¡Malhaya los que estudian pensando en el examen, en la credencial, en la derrota del rival camarada! En tí mismo has de buscar la razón de tu trabajo, estudiante; en tí y fuera de tí: en la ciencia, en el pro-



vecho de los demás. Amor he dicho que debe ser tu estudio, y como amor, desinteresado y generoso. Que tu estudio sea como tu amor causa y fin de sí mismo y que á los libros, como á los ojos de tu novia, te asomes con el ansia de una sed insaciable.

Después de estudiar, amigo estudiante, bromea, bulle, alborota, diviértete en buen hora. No he de decirte que dejes de ser frívolo: sería pedir que envejecieras. Sólo quiero hacerte una advertencia: que en tus travesuras, en tus bromas, en tus diversiones, en tu vida chancera y bulliciosa recuerdes que es la tuya muy alta y noble condición y no has de caer jamás en la bajeza ni rozar la ignominia. ¡En la más difícil ocasión, por encima de todo, cuida de conservar siempre la hidalguía—caballero estudiante!

---

En la oscuridad siniestra de una capilla de condenados á muerte ha surgido un drama de almas que, á pesar del ambiente, tiene grandeza helénica. Un hermano, por salvar á su hermano, echa sobre sí todo el peso de la culpa en confesión sublime. Y la argolla fatal se aleja de la garganta del exculpado. No podía morir el inocente. ¡El inocente que pudo probar su

inocencia con sola una palabra, pero que calló esta palabra porque era la perdición para su hermano!

Pero ¿y el otro? ¿No merecía el otro el indulto? ¿Qué es preciso, hombres de la tierra, para lograr vuestro perdón? Arriba, en la mayor altura humana, fué bien comprendido el rasgo y un alma noble ¡alma de rey! se sintió conmovida. Pero entre el rey y el indulto se atravesaron los hombres que no entienden de grandezas morales porque entienden de reglamentos y de códigos, y para evitar el clamoreo... se adelantó la ejecución. No hay que indignarse, sino lamentar y compadecer. Compadecer á los que con rigores que pudieran parecer crueldades dicen defender lo que en su propia virtud tiene defensa inmejorable. ¡Funestas amistades y flacos servicios los de esos que todo lo arreglan con duros castigos! ¿No fuera mejor hacer amable lo que merece toda simpatía?

Pero ¿qué importa, después de todo, que muera un criminal confeso? ¿No están muriendo por ahí millares de inocentes? Pues mientras subsista esta pena de muerte ¿cómo pensar en abolir la otra? Y una y otra han de abolirse, al fin. Porque soy espiritualista y porque soy

cristiano, he de creerlo así. «El alma sólo es de Dios»—dijo nuestro gran clásico. Y no es potestad de los hombres decidir el momento en que el alma ha de emprender su viaje á la eterna región, de sombras y misterio, «de la que no tornó ningún viajero».

Hasta que no se logre esto; mientras los hombres puedan, por una ú otra causa, disponer de la vida de otros hombres... ¡qué lejos—Dios del Sinaí, del Tabor y del Gólgota; Dios de la bondad, del amor y del perdón—qué lejos tu palabra, tu doctrina y tu reino!...



## XVI

Mi amigo está escandalizado. La lenidad de ciertos escritos, el generoso espíritu de tolerancia que les anima, ha roto su ordinario reposo espiritual de burgués que usa lo menos posible el corazón y el alma, encrespándole en un justificado sobresalto:—¿Dónde vamos á parar?—exclama muy alarmado.—¡Todo son simpatías para el crimen; benevolencia para los delincuentes! ¡Caminamos al desorden, á la relajación, á la ruina! ¡Esto no pude seguir así! Hace falta rigor; saludable rigor. Y, sobre todo, deslindar bien los campos; establecer la línea divisoria entre las gentes honradas y las que no lo son.

Esto de «deslindar los campos» es una fuerte obsesión de mi amigo. Para mi amigo—anarquista manso forrado de ultraconservador—el

mundo se divide en dos zonas: en una están él y los que con él coinciden en pensamientos, en sentimientos, y especialmente en intereses; la zona opuesta es de «los otros»; los otros, que sólo por no ser como él, forzosamente han de ser sus irreconciliables adversarios. Claro es que la virtud, la verdad, la justicia y el bien habitan en la privilegiada zona en que mi amigo se ha domiciliado. Y en la zona enemiga se agolpan, por lógico contraste, el vicio, la mentira, la iniquidad y el mal. A todo y para todo aplica mi amigo esta concepción absoluta y simplista de las dos zonas, de los dos campos, creyendo que todo es en el mundo como en el juego ó el deporte: unos á un lado, otros á otro y en medio una red, como en el *tennis*, ó un tablero, como en el ajedrez.

Así mi amigo habla de «las gentes honradas» como de una casta especial, inmunizada, antípoda de «las gentes delincuentes»; cayendo, sin percatarse de ello, en la afirmación positivista de la innata delincuencia. ¡En tantas cosas de las que le horrorizan incurre, sin saberlo, mi inconsciente amigo!.. Al solicitar rigor para el delincuente y el delito, mi amigo se siente seguro en la inatacable fortaleza de su honradez sin mácula, de su conducta rectilí-

nea acomodada siempre á la más estricta justicia y á los principios de una ética severa. No hay duda: mi amigo es un intachable caballero; mi amigo no delinque jamás...

Pero yo he tenido la curiosidad de seguir la vida de mi amigo durante un día: un día cualquiera; el de ayer. He aquí lo que hizo ayer mi amigo:

Por la mañana, leída la prensa favorita—que no es modelo de ecuanimidad ni ejemplo de continencia, y en la que bien pudieran apuntarse hasta seis ó siete delitos de difamación que el rígido lector ha paladeado con deleite—, mi amigo despacha con su administrador y secretario. El primer asunto de que tratan es cierto expediente en tramitación en una oficina del Estado y que directamente afecta á los intereses de mi amigo: hay que ganar la voluntad de dos funcionarios; mi amigo acierta con la solución rápidamente; les hablará él mismo; á uno, que juzga asequible, se le contentará pronto: cuestión de quinientas pesetas discretamente ofrecidas; al otro—un hombre raro que siente «escrúpulos inexplicables» y vive «fuera de la realidad»—se le convencerá por otro procedimiento, haciéndole entender que es muy posible que las necesidades del

servicio exijan que él vaya destinado dos meses á Almería, otros dos á Lérida y tres ó cuatro á Pontevedra: ¿para qué, sino, se quiere la influencia?... Resuelto el caso: resuelto mediante la comisión de dos delitos; el de cohecho, definido en el artículo 402 del Código penal y castigado con presidio correccional, y el de amenazas, que define y castiga con arresto mayor el artículo 508.

En un pleito que mi amigo tiene pendiente se ha abierto el período de prueba; el abogado pide nombres de testigos; no les hay, realmente, y el hecho que se trata de probar es de importancia decisiva para el fallo. Pero no hay que arredrarse: dos íntimos y un protegido de mi amigo se presentarán al juez y depondrán como haga falta: presentación de testigos falsos, penalidad de falso testimonio: presidio correccional y multa. Para otorgar una escritura hace falta una cédula, ¿cuál se empleará?; tiene mi amigo una gran variedad de ellas; se hace extender una en cada municipio donde posee fincas; ninguna de las cédulas es de la clase que debiera corresponderle: una transgresión de la ley y una multita por cada cédula falsa. Y otra multa, bien cuantiosa por cierto, para castigar el delito de ocultación de bie-



nes que mi amigo comete reiteradamente, año tras año, sin enmienda, suponiendo, de buena fe sin duda, que al sustraer su hacienda al pago de los impuestos cumple uno de los deberes de todo cuidadoso padre de familia.

Al despedirse el administrador pone en conocimiento de mi amigo que al pagar la renta unos colonos han entregado un billete falso; mi amigo requiere el billete, le examina; la imitación es perfecta; dispuesto á que pase entre otros, le guarda en su cartera preparándose á perpetrar un delito más: el de expedición de billetes falsos, castigado con presidio correccional en el artículo 306 del Código.

Satisfecho porque el día no se presenta mal, mi amigo se dirige á su *club*; un *club* cerrado, selecto, de corto número de socios; perfectamente legalizado, pero cuyo objeto principal, casi exclusivo, se halla representado por una mesa tapizada de verde y con una extraña escotadura. Si las leyes se aplicaran con el rígido criterio que defiende este Catón platónico, dicho círculo sería considerado asociación ilícita, y por pertenecer á él, sólo por pertenecer, mi amigo se haría reo de arresto mayor. Y en otro arresto incurriría por su inveterada é inocente costumbre de hacer la digestión de

su almuerzo junto al verde paño, aventurando en él algunas pesetillas.

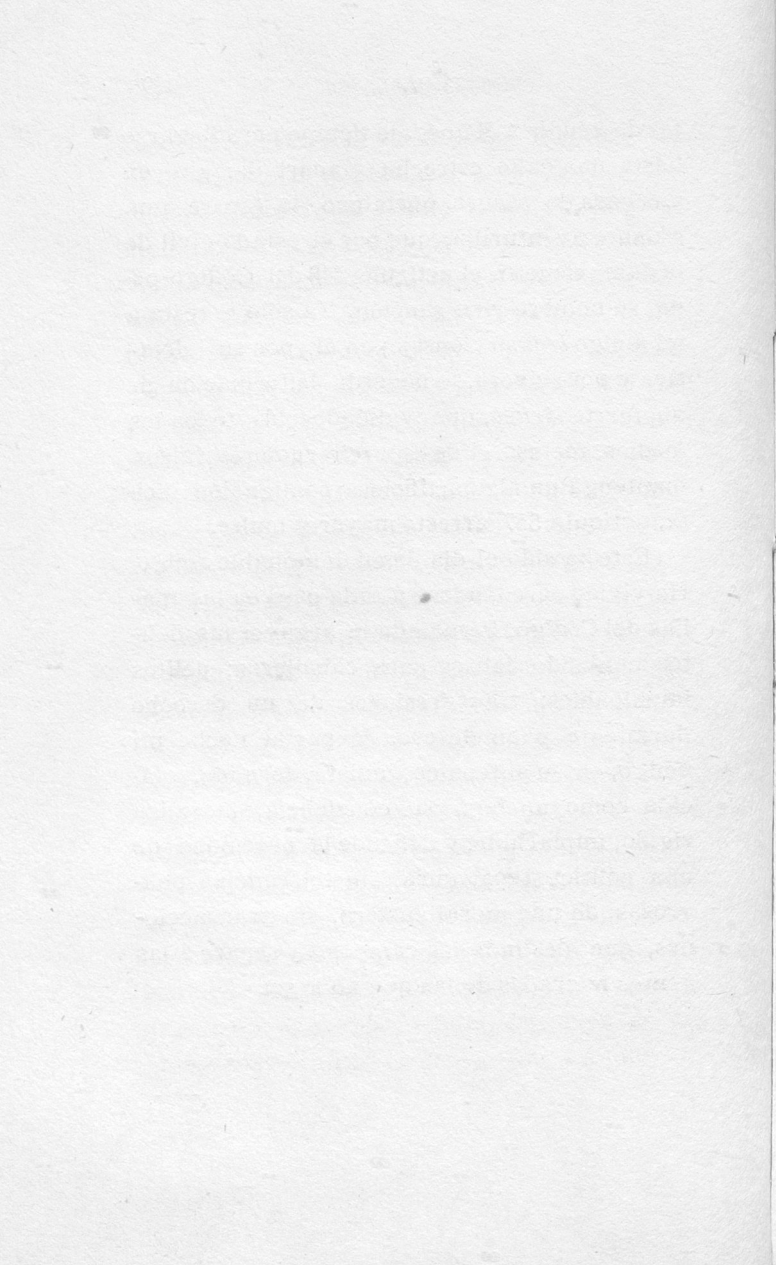
Al atardecer, mi amigo forma su tertulia: en esa tertulia se habla de política; se habla violentamente, haciendo una crítica envenenada y sañuda de cuantos intervienen en la gobernación del Estado: en esta crítica, mi amigo—que alardea de «no ser político», aunque procura utilizar á los políticos todo lo que puede—injuria gravemente á un senador, á un ministro y á cuatro ó cinco diputados (des-tierro por cada una de las injurias) y, apuntando á lo alto, su lengua llega á rozar, irreverente, lo inviolable (artículo 162).

De la crónica política la conversación salta á la mundana; chismorreo, escándalo; cada nombre, mejor si es nombre femenino, suscita los más despiadados comentarios; aquellos caballeros se acreditan de tundidores de honras: en media hora tres calumnias, diez injurias graves y más de cincuenta leves.

A las ocho de la noche mi amigo se despide: tiene un Consejo de administración. Esto de los Consejos de administración es un recursito de hombres serios que va désacreditando el *vau-deville*; el Consejo de administración de mi amigo existe, efectivamente. Ahora, que an-

tes de acudir á él quédale tiempo para llegarse hasta una calle estrecha y apartada: allí, en una casa de oscuro portaluco, le espera una galante aventurilla, que por el estado civil de la dama tiene en el artículo 448 del Código penal su nombre y su sanción. Ya sólo le resta á mi amigo ir á su Consejo; en él, por su iniciativa y por su voto, se acuerda la formación de un fuerte *trust*, que valiéndose de todos los medios, incluso el de esparcir rumores falsos, mantenga un alza artificiosa; coaligación ilícita, artículo 557, arresto mayor y multa.

Este ha sido el día de mi intachable amigo. Ha vivido enredándose á cada paso en las mallas del Código. Pero nada le arguye: sus delitos han sido delitos para caballeros; delitos impalpables; transgresiones de un derecho durmiente y en desuso. Y por la noche mi amigo, en su antepalco, quieta, dormida, plácida como un lago su conciencia, moraliza rígido, implacable, y defiende la necesidad de una política seca, dura, sin tolerancias peligrosas, de una moral austera, sin transacciones, que «deslinde los campos... y separe á las gentes honradas de las que no lo son».



## XVII

El acaecimiento desgraciado que acaba de contristar á la ciudad en que escribo ha servido para que salga á flor de realidad el fondo de sentimientos colectivos que trae siempre á la superficie toda violenta conmoción. Hidalguía, hospitalidad, solicitud acogedora, cordial afecto hacia instituciones, cosas y personas entrañablemente unidas á nosotros por ley de vida y de cariño... Todo eso ha desbordado efusivo del corazón de la ciudad herido de dolor.

Pero entre todos esos buenos y nobles sentimientos—que no por suponerse siempre dejan de producir dulce y confortadora emoción cuando se ven, como ahora, confirmados—ha asomado algo menos grato que por revelar apocamiento de ánimo, pobreza de espíritu, voluntad desfallecida y excesivamente temero-

sa debe combatirse como funesto. Al mismo tiempo que las muy justificadas lamentaciones por el siniestro, casi antes que ellas, se elevaban voces de alarma y se gritaban, bien imprudentemente, recelos que por sí mismos eran ya un peligro.

No había posibilidad material de que, por los que tenían tal previsión á su cuidado, se pensara en los futuros destinos de la institución que quedaba sin vivienda, cuando ya andaban por acá los eternos augures de desdichas, afirmando, como cosa averiguada y cierta, que la Academia de Caballería era trasladada.—¡Se la llevan! ¡No le quepa á usted duda! ¡Aprovechan la ocasión! ¡Se estaba deseando!...

Admirable y piadosa labor la de estas aves agoreras, que pertenecen sin duda á la simpática especie de esos bien intencionados sujetos que no creen cumplidos los deberes que impone la amistad el día que no dan una mala noticia y anuncian tres ó cuatro desgracias á sus amigos íntimos. ¡Y bien extraña manera de amar á su ciudad la de esos entrañables ciudadanos que se apresuran á propalar con mal disimulada delectación morbosa todo lo que pueda perjudicarla!

Ya se ha visto hasta qué punto eran infundados los estúpidos temores, y cómo nadie, fuera de esos Tristanes pesimistas, había pensado en dar al asunto otra solución que la impuesta por la justicia y por la lógica.

Pero conviene estar prevenido para no dejarse ganar el ánimo en ocasiones semejantes por ese grave mal de la desconfianza, de la suspicacia, del recelo, del estar siempre temiéndolo todo, de anticiparse, con notoria falta de prudencia, á adoptar aires de víctima condenada al sacrificio. Eso de ver peligros por todas partes, de creerse objeto de hostilidades fantásticas y de padecer manía persecutoria, además de ser una ridiculez, es prueba de debilidad de espíritu y de falta de propia estimación. El que se estima á sí mismo en lo que es, no se cree tenido en menos por nadie. Y á las colectividades, más que á los individuos, importa estimarse y tener el alma fuerte, serena y bien templada. Sobre que no nos faltan, á Dios gracias, óptimos valedores que en caso necesario defiendan nuestros derechos, hay que convenir en que no podemos quejarnos de desafecto, pues las reiteradas muestras de aprecio recibidas, montan mucho más que algunos desfavores levísimos. Declararse falto



de simpatía es poco discreto aun en aquel que realmente sepa que no es simpático: más lo será en quien recibe constantes pruebas de ser justamente estimado.

No hay que creer en brujas. Y hay que ahuyentar esa superstición de la falta de afecto, parecida á la manía del chiquillo que se obstina en que «le tiene *tirria*» el maestro. Recordando bien, se ve que la única injusticia grave que con Valladolid se ha cometido data de larga fecha: el autor de esa injusticia histórica fué un elevado personaje que había nacido en la plaza de San Pablo y que padecía sin duda esa triste dolencia de no estimar á su pueblo, padecida hoy por esas almas apocadas que le juzgan indefenso ante todo desmán y expuesto á todo desafuero.

---

Parece un hecho de un momento á otro el total adecentamiento de la prensa. No diré yo que no sea necesario y que no debamos felicitarnos todos de que se procure poner coto á las demasías de esos vividores que hacen del *car-net* de periodista patente de curso para *torpedear*—porque *sablear* es poco—al primer Muley Haffid incauto que se ponga á tiro, ó que fundan uno de esos semanarios de escándalo,



desde los que se ejerce la lucrativa industria del *chantage*. Cuanto se haga en tal sentido merece todo aplauso, y hemos de ser los primeros en aplaudir los que, como yo, tenemos el perverso gusto de estimar en más la condición de periodista que otros títulos y otras profesiones que en la valoración corriente son más apreciados, dan más pompa, y sobre todo, más provecho.

Pero lo que no parece tan acertado es que se hable de la procacidad y desenfado de ciertos periódicos como de cosa de la víspera, «signo de los desdichados tiempos que corremos» y que se reduzca el pecado á un «sector» —¡perdón, maestro Cavia!— determinado de la prensa. Desde los días, ya remotos, de *El Padre Cobos* y *El Zurriago*, eso del insulto libre es cosa usada por folicularios de todos los matices, y no han sido los detractores de la libertad los que menos se han aprovechado de esa como de otras libertades. ¿No está ahí *El Fusil* disparando á bala rasa de injuria y á tiro limpio de calumnia desde la piadosa trinchera del tradicionalismo antiliberal? Y en la ocasión que ha dado origen al revuelo de ahora ¿no son hijos, más ó menos espúreos, de la prensa derechista, algunos semanarios que han

provocado la justa indignación del inteligente y respetable director de un diario madrileño?

Bien hecho estará todo lo que se haga por evitar que la prensa sea vehículo de malas pasiones y vertedero de bajezas. Pero en esta labor depuradora la pureza ha de estar, antes que en nada, en la intención. Y no ha de detenerse la campaña en la persecución del insulto procaz y de la afrenta descarada; peor mil veces que eso, que en su propia violencia lleva su inocuidad, es la insinuación artera, la solapada acusación; toda la insidia y la malevolencia que impregna las páginas de periódicos muy sesudos, muy prestigiosos, muy respetados... ¿Podrá creerse en la sinceridad del propósito depurador cuando en el mismo número en que se inserta un puritano artículo abogando porque se respete «el santuario de la vida privada» se publica un anuncio insidioso que, por la respetabilidad de las columnas que le acoge, resulta mil veces más dañino que el insulto procaz de cualquier desprestigiado libelista?...

## XVIII

—¿Gastas capa, lector?—La pregunta es ociosa y me arrepiento de haberla formulado. ¿Quién usa capa hoy? Parece, sin embargo, que va á ser preciso usarla. Andan desde hace días los más peregrinos ingenios de la corte muy afanados en la misión transcendental de restaurar el prestigio de la capa y devolverla su perdido señorío. ¡Ah, la capa; la vieja, la castiza, la airosa capa española! Cuarenta artículos y otras tantas composiciones poéticas—sonetos, romances, madrigales—van hilvanados sobre ese tema.

Como ahora de todo se hace símbolo, se ha hecho uno de la capa. ¡La capa «tan representativa!»... Entendámonos. ¿Qué es lo que simboliza, ó se intenta que simbolice, la capa? Ya es bastante sospechosa esa manía simbolista

que padecemos, y que en la mayor parte de los casos no es sino fetichismo vacuo, iconolatría civil, culto fanático de la representación, adoración de la imagen por la imagen misma. ¿No sucederá así ahora? ¿Saben lo que veneran los devotos de la capa-símbolo?—Y si lo saben, si llenan el símbolo con un contenido de ideal, ¿vale este ideal la veneración y el entusiasmo?

Ante todo conviene ponerse de acuerdo y saber de qué capa se trata. ¡De la española, naturalmente! Pero esto del españolismo antonomásico de la capa es uno de tantos tópicos del viejo patriotismo externo, colorista y sonoro, creyente, en los monopolios del valor, la gallardía y el garbo. La capa es tan española como italiana ó flamenca. En el siglo XVII, en nuestro mediodía espléndido, todos los caballeros de Europa llevaban capa, y la llevaban con tanta gentileza como nuestros hidalgos castellanos.

He aquí un retrato de Franz Hals: un hombre de edad madura, de semblante entristecido y hosco, envuelve su cuerpo en una capa, ceñida á la cintura como la de un torero al hacer el despejo: es un gentilhomme holandés. Airosamente llevaron también sus capas—flo-  
tantes, terciadas, sobre los hombros, cruzan-

do sobre el pecho, al brazo, al desgaire—esos bravos, rutilantes arqueros de San Adrián y de San Jorge que viven en los lienzos del museo de Harlem; como la lleva Van Huythaysen en sus fanfarrones retratos de Viena y de Bruselas. Ingleses, normandos, bravanzones, y no españoles, eran los duques y príncipes á quienes hizo reyes de elegancia el pincel mago de Van Dick. Nuestros desgarrados y sosísimos «fenómenos» de hoy, que en los descansos, durante el arrastre, cogen la capa como si fuera un manguito, podrían aprender garbo para llevar la capa al brazo del joven duque de Bedford, cuya gentileza guarda una pinacoteca de Althorp.

Pero no es esta capa, que por igual cubrió al hijodalgo español que al noble veneciano, el mercader florentino y el magnate sajón, la que ahora se intenta resucitar. Es la capa andaluza, jerezana; la capa de esclavina, trencillas y vueltas de terciopelo azul y rojo; la capa aseñoritada y burguesa; la capa del siglo XIX.

Y eso ¿qué representa? ¿Qué puede llevar entre sus pliegues y sus embozos esa capa oscura, de tonos sombríos, que ahora se tremola como una bandera? Desde luego no es la tradición ni el casticismo. Porque el casticismo

y la tradición están en la capa grana de los tercios; por toda Europa paseó triunfalmente sobre los hombros del capitán don Diego; el chispero la heredó, un tanto remendada, y la hizo pendón de rebeldía contra las reformadoras tijeras de Esquilache; y en los sotillos del Manzanares sirvió de alfombra á las duquesas-manolas que retratara Goya: así, mancillada por aquellos breves piecitos que sabían todas las sendas del pecado, murió la «capa colorada» del capitán de Flandes..

Y esta otra capa de ahora, la de anteayer, la de la víspera, ¿qué puede simbolizar? 1850-1898... Entre estas dos fechas su reinado. Revueltas, asonadas, motines cuarteleros, indisciplina, inconsciencia; infecundo pelear por un nombre ó un interés mezquino; incultura, retraso; un pueblo que marcha de espaldas hacia el abismo... Es la capa de los legisladores sin ley, de los gobernantes sin gobierno, de los conspiradores de tragicomedia; de los señoritos agitanados; la capa de *Cúchares y Frascuelo*, de Martínez de la Rosa, de González Brabo, de Romero Robledo; la capa que vistieran todos los personajes que desfilan por las páginas evocadoras y crueles de los últimos *Episodios* de Galdós; capa encubridora

de toda la inanidad de nuestra vida en ese triste atardecer de España cuyo recuerdo espanta; manto de la mediocridad, toga de la ramplonería... ¡capa mía de estudiante, terciada—por última vez—con siniestra petulancia en aquellos días de Abril del 98, en que todos creíamos posible y fácil que nuestros barcos bombardearan Nueva York y aplaudíamos, ebrios de entusiasmo, á un ministro que afirmaba que para detener á la escuadra americana... bastaban los pechos de los soldados españoles!

Si todo esto se abrigó con la capa ¿quién podrá querer que la capa resucite? Bien desterrada está; el gabán igualitario, cosmopolita, sin pretensiones de casticismo, no vale menos que ella. Lo típico debe ser amado... cuando es bueno además de típico.

Y para ser muy español no hace falta usar capa. Español, y bien español, era Joaquín Costa y no se sabe que usara capa. Y es que conocía que la capa nacional, veneranda y simbólica, no era esa capa de quince duros, de bazar de ropas hechas, pareja de los capotes de percal y de seda de los «ídolos», sino la capa burda, tosca, recia y rígida en que envuelven su estoicismo más de diez millones de es-

pañoles. De esa capa parda hizo Costa bandera de su política. Y quizás fuera bueno que hasta de esa capa aprendiera á desembarazarse el labriego. Vestido con ella parece como si se le subiera la tierra sobre los hombros y medio le enterrasen vivo. Y su salvación está en que se desemboce, y eche á andar, y...

Pero ¿á qué ponerse serio? Si no tienes capa, lector, no te apresures á comprarla. Con eso de las propagandas en cuestión de indumentaria sucede lo que con los sermones contra las modas poco honestas. Absolutamente ineficaz todo ello. Si á cualquier Tamames se le hubiera ocurrido ordenar á su ayuda de cámara que le dispusiera la vieja capa azul, preservada de la polilla á fuerza de cuidados, hubiera hecho por la resurrección de la olvidada prenda más que todo ese aluvión de artículos, romances, sonetos y madrigales.



## XIX

La representación de obras como *El cardenal*, de ambiente y personajes históricos, sirve, entre otras cosas, para aliviar esa tristeza del presente que aflige á muchos haciéndoles tener la época en que vivimos por la más empecatada de cuantas se han sucedido en el tiempo.

—¡El mundo está perdido! ¡Es abominable! ¡Nunca se ha llegado á tal relajación! ¡No se ha visto jamás lo que ahora vemos!—Frecuente es oír y leer lamentaciones por el estilo. Ciertó que hay mucho que corregir, y laudabilísimo será cuanto se haga por corregirlo, pero no hay que asustarse demasiado. ¿No bastará el recuerdo de lo que fué para curar de espanto á los que se muestran muy escandalizados por lo que ahora es?

Conviene prevenirse contra esa inmoderada ansia denigratoria de los que se complacen en amontonar sobre la época actual culpas y pecados, para presentarla como un conjunto de no superadas abominaciones. Cuando no hay en eso péfido cálculo para servir fines que no sería discreto puntualizar, indica por lo menos misoneísmo ruín, insensata nostalgia de los tiempos viejos, los tiempos que fueron, los consabidos «tiempos mejores» del más falso y reaccionario de los tópicos.

¡Los tiempos mejores! ¿Serían esos tiempos los que se evocan en el citado drama de Parker? Es la Roma del Renacimiento: lujo, esplendor, boato, magnificencia, poder, desenfreno, arte ¡ah, sí; arte insuperable! Pero bajo el brocado, el armiño y la púrpura se agitan, reptando, las serpientes de los siete pecados capitales, y la mayor belleza es forma de la mayor depravación. La tiara del divino vicariato, las llaves de San Pedro, el anillo del pescador, botín son que se disputan las codicias de unas cuantas familias: los Médicis, que del taburete de su lonja suben hasta el trono y la silla gestatoria; los Sforza, aventureros y venales; los Borja, españoles; atados están los votos del cónclave á los libros de un mercader usurero

y á las artes de una mujer ambiciosa y sagaz; el claro sol del Lacio descubre, al despuntar, que las aguas del Tiber arrastran un cadáver en cuyo pecho clavó un puñal la mano de Caín, rival en el amor tres veces maldito; armas de la venganza son las copas y los platos de los banquetes, sentencia de muerte los convites; y el *bravi* que en amistosa plática sabe ases- tar al desprevenido interlocutor certera pu- ñalada, siéntase por la noche, impune y feste- jado, á la mesa del Papa.

Profundamente educador es todo esto. En- seña á los malcontentos con su siglo cómo hubo tiempos mucho peores que los actuales, y debe servir para aquietar á esos hombres de poca fe que por cualquier cosa se alborotan y creen ya á punto de llegar al Anticristo por la contradicción más leve. Si de su propia co- rrupción pudo salir triunfante, ¿qué prevalece- rá contra lo que es eterno por divina pro- mesa?

Lo que de esos días del Renacimiento se dice, puede decirse de otros. Tanto clamar ahora contra la política al uso y sus deprava- das artes, y el más astuto de los políticos de hoy resultaría una paloma cándida junto al menos experto de los politicastros florentinos.

Y las intrigas, las escaramuzas de los partidos de hoy, ¿qué representan ni qué valen junto á los enconados odios de las banderías de otros tiempos? ¡Reinados de Juan II y de Enrique IV; sombras ensangrentadas y dolientes de Vivero y del Condestable; Cortes de los Carlos y los Felipes, en que cada caballero podía ser fácilmente un asesino, y el concepto de la licitud era tan amplio que comprendía el crimen dentro de sus linderos, y la moral tan laxa que érale posible á un magnate pregonar en el mote de su escudo su amor hacia la reina!

¿Se concibe hoy que un político cualquiera invite á comer á un adversario suyo y le propine en el *consommé* ó en el helado una prudente dosis de estricnina que le haga reventar? Pues esto que hoy es imposible, por fortuna, era cosa corriente en otras épocas. Por tres veces intentó Antonio Pérez dar jicarazo á Escobedo; hasta que viendo que el veneno no surtía efecto, hizo despachar á su enemigo de media estocada bien puesta.

No hablemos de otras cosas. Cuando hoy llega á averiguarse que entre «gente conocida» la partida de nacimiento de los hijos es anterior en fecha á la de matrimonio de los padres,

álzase una tempestad de escándalo y hay para murmurar toda la vida; y si se descubre por ahí alguna regia aventura... hay argumento para armar una campaña revolucionaria. Pues en «tiempos mejores» todo árbol tenía frondosas ramas de bastardía, y á los bastardos se les admitía en la familia y ocupaban su puesto en la corte.

¿Qué se diría hoy si un rey elevase á la Presidencia de su Consejo á un hombre del más dañado origen, hijo adulterino y sacrílego, y digno de su cuna por su conducta depravada? Esto, que ahora se tiene justamente por absurdo, ocurrió en el reinado del piadoso rey Felipe II, al que vuelven muchos los ojos como á modelo de gobernar prudente y santo.

Pero ¿y el teatro? ¿Y las lecturas?... Sin defender lo que ahora como siempre es indefendible hay que recordar—como han recordado entre otros Valera y *Asorín*—que los más audaces de nuestros autores no llegan hoy donde llegó fray Gabriel Téllez, cuyas obras hay que pulir y escamondar al refundirlas, porque el público no las toleraría tal como están escritas. Y en cuanto á lecturas, las más inmorales que puede guardar una biblioteca no son las noveluchas eróticas al uso, tan re-

ñidas con la estética como con la ética, sino las desenfadadas sátiras del patricio romano y los inverecundos diálogos en que micer Pedro de Arezzo narra las costumbres de su tiempo.

Bien está que se moralice, pero sin calumniar. Procuremos ser mejores de lo que somos pero no nos creamos, ni creamos á los que nos rodean, peores que todos los nacidos antes de ahora. En algunos esto de la depravación es coquetería, y, aunque sea para ellos un desencanto, hay decir que para el Mal como para el Bien nada hay nuevo en el mundo. Hace muchos siglos que Moisés recibió un corto catálogo de todos los pecados; desde entonces el diablo, no obstante su reconocido talento, no ha sabido inventar ningún pecado nuevo. Todo lo que pueda saber el más degradado *raffiné*, que se crea maestro en perversidades, se halla en los pasajes de la Biblia, y sabíalo en el siglo de Pericles cualquier fornido cargador del Pireo.

¡Pobre época nuestra, que si de algo peca es de ramplona y cursi! El arte no tiene que agradecerla mucho; el buen gusto debe sentirse agraviado en justicia—¡oh, la fealdad de nuestro vestir! ¡la abominable americana; los horri-

bles pantalones largos!—pero la moral no ha padecido tanto como en otros tiempos padeciera.

Para que se desprecien todas las normas éticas; para que se olvide el respeto á la vida y á la dignidad humanas; para que se pueda impunemente ultrajar y asesinar mujeres; para que se desate el odio, la pasión, el crimen, toda la rabiosa jauría del Mal... ha sido preciso que la normalidad se rompa, que se pierda la paz, que se declare la guerra. ¡La guerra en la cual algunos ojos de topo quieren ver, blasfemos, la salvación del mundo y el instrumento de Dios!





## XX

Se ha dicho que el debatido asunto de las reformas militares no es en el fondo más que un aspecto de la lucha entre jóvenes y viejos. Si fuera así habría que deplorarlo; porque reduciría lo que se presentaba como problema que afectaba á la vida y al porvenir de España á una mezquina pugna de intereses de clase.

De clase he escrito y no me arrepiento. Tanto se han mixtificado por los falsificadores de conceptos esos de vejez y juventud, que ha llegado á hacerse de ellos como campos cerrados y enemigos. A un lado los jóvenes, los viejos á otro; y todos mirándose con rencor, como rivales que se disputan la misma presa apetecida. Gravísimo defecto de organización éste, que hace que tanto nos estorbemos los unos á los otros.

Hay que reconocer que la mayor parte de la culpa es nuestra, de los jóvenes. Han sido los jóvenes los que—como dijo Unamuno, ejemplo de lozana y perenne juventud espiritual—«han hecho de la juventud una profesión y contestan cuando se les pregunta:—¿Usted qué es?—Pues yo... soy joven;—y hasta lo ponen en las tarjetas»: Pero Grullo observador diría que nada más relativo que eso de la juventud y la vejez. Y nada más falaz. ¿Hasta cuándo se es joven? ¿Cuándo empezamos á ser viejos? Si por juventud se entiende el vigor, la plena capacidad para cumplir nuestros destinos, dependerá la juventud de la profesión y el entusiasmo. *Bombita* se sintió viejo á los treinta y cinco años, edad á la que un político puede creerse justamente joven; y Sara Bernhardt, bisabuela, mutilada y casi octogenaria, tiene frescura suficiente (sin malicia esto de la frescura) para representar papeles de soldadito adolescente.

Señalando, desde un punto de vista juvenil, con manifiesta parcialidad á favor de los jóvenes, como características de la juventud el entusiasmo, el desinterés, el abnegado desprendimiento, el puro afecto al ideal; y dando por síntomas de vejez el egoísmo, el empleo de la

experiencia en provecho propio, el apego á las positivas realidades, la desilusión y la marrullería, habrá que convenir en que la mayor parte de los que por ahí presumen de jóvenes profesionales, llevan en su alma todos los alifafes, calvas, arrugas y dolamas de la vejez.

Desde el ladino pescador de dotes, hasta el sabio precoz que pone cátedra de pedantería para adoctrinar al mundo en las filosofías que aprendiera durante sus años de pensionado, cursados en las aulas de los *cabarets* de Montmartre y de las cervecerías de Charlottenburgo, la juventud con monopolio y marchamo presenta una rica variedad de ejemplares del hombre práctico que sabe vivir y va á su negocio. Y todo eso es vejez: vejez de la mala; egocentrismo senil que se aferra al propio yo y, previendo la próxima desintegración final, quiere clavar las uñas en la vida.

Conviene que los jóvenes reconozcamos nuestros pecados. Y nuestro primer pecado, pecado contra el espíritu de juventud, es la bajeza de nuestro ideal. No es que no tengamos ideal: es que le hemos puesto á ras de tierra, en la frivolidad y en la riqueza. Los viejos nos llevan esta ventaja, á lo menos. Cuando eran jóvenes lucharon por algo, que sería

quimera—la libertad, la tradición...—pero que no era esta triste ramplonería de hoy que convierte al dinero en único resorte de la vida. Y no es que el dinero no pueda ser un ideal. El dinero con su mágico poder trasmutador puede convertirse en muy bellas y altas cosas: ciencia, virtud, cultura, arte, pueden lograrse y difundirse con un buen golpe de monedas ó billetes del Banco. Pero es que no se quiere el dinero para eso. «La primera obligación del hombre—ha dicho uno de los más insignes jóvenes profesionales—es hacerse rico. ¿Para qué? Para vivir mejor». Y vivir mejor no es enaltecer la propia vida, mejorando la existencia de los que nos rodean hasta donde alcanza nuestra acción y nuestro ejemplo; no es elevar el tenor de vida de los humildes y abrirles esos mundos de la belleza y del saber en que hoy son extranjeros, y sólo disfrutan carta de ciudadanía unos cuantos afortunados. Este «vivir mejor» ha de entenderse en su peor y más grosera interpretación: Buena casa, buena mesa, buen guardarropa; el *auto*, los viajes, la francachela... ¿Y es un ideal esto? Pues por esto—¿á qué engañarnos?—se afanan casi todos.

Por esto y por la fatuidad. Nos han ense-

ñado que la modestia es una cosa ridícula, pasada de moda y que estorba bastante y tan á maravilla han aprendido algunos la lección, que ante todo se esfuerzan en trompetear á los cuatro vientos su propia suficiencia. Hay comanditas encargadas de pregonar: ¡Ah, un genio Fulanito! Pero como los genios desplazan mucho, y no hay sitio para todos, cada uno tiene que robar terreno á los demás. Y surgen las luchas enconadas que se resuelven en una general desestimación. Se comienza por faltar al respeto á los viejos; se muerde después, con roer de ratoncillo primero y luego con dentelladas de mastín, á los maestros jóvenes, y por fin termina cada cual por no estimarse más que á sí mismo.

Y con la soberbia exacerbación del amor propio, irritado al sentirse solo en medio de la indiferencia ó de la hostilidad, viene el desaliento, la cobardía para luchar, el creerse fracasado á la menor contrariedad, sin comprender que la victoria está en la esperanzada paciencia, y que es florido don de juventud acogerlo todo, lo favorable como lo adverso, con ánimo alegre y corazón ligero. Y sin pesimismo, sobre todo. Nada más senil que el pesimismo. Si ponemos nuestro ideal en el vivir

regalón y cómodo, y no acertamos á estimar ni comprender, y dejamos derramar por el alma las hieles del despecho y nos hacemos recelosos, huraños, marrulleros y pesimistas ¿con qué podremos acreditar nuestra juventud?

¡Hay que ser jóvenes y serlo íntegramente! Defender nuestra juventud del fatigado quietismo de los viejos; pero también, y muy principalmente, del contagio de esos jóvenes avejentados, cuyo imperio nos conduciría á una paidocracia llena de todos los vicios y achaques que pudiéramos padecer bajo la gerontocracia más funesta.

## XXI

Un bando del alcalde de Madrid prohibiendo la venta de pájaros fritos ha dado actualidad al tema de la protección á los animales. Asunto tan manido, este de la protección á los animales, cual suelen estarlo los bicharracos que se exhiben, con sus cuerpecillos hinchados recubiertos de grasa y sus patucas tiesas, en los sucios escaparates y en los nada limpios mostradores de los colmados y freidurías de la corte.

¡La protección á los animales! Sólo el hablar de ello mueve á risa y chacota en este país donde el sentir compasión por las bestias se tiene por manía ridícula de unos cuantos «chiflados» ¡Lo que se ha inspirado el ingenio de los caricaturistas y de los cultivadores del epigrama fácil y del «chiste del día» en la silueta del infeliz «socio de la Protectora» ocu-

pado en la defensa del caballo del coche de alquiler ó de las mulas del camión!

Y sin embargo... Por ahí fuera, en Europa, la protección á nuestros hermanos inferiores, figura entre los mandamientos de la más elemental educación: á los niños se les enseña á respetar y estimar á los animales como se les enseña á saludar, á ser corteses, á lavarse, á comer pulcramente y á no hurgarse las narices.

Una de las cosas que más sorprende al español que sale por primera vez al extranjero es la tranquilidad con que los animales, sobre todo los pájaros, conviven con el hombre. Por jardines y parques públicos, gorrioncillos y petirrojos pasean gravemente, andando á saltitos sobre la arena, sin temor alguno, y se acercan á los niños viendo unos amigos en ellos, sin sentirse alarmados por ese continuo susto en que viven los pobres pajarillos de los jardines españoles.

Es que por ahí fuera la vida es feliz para el pájaro; el pájaro es un ciudadano de la libre república del aire que tiene garantidos sus derechos, más que por la ley por la costumbre, por una sana costumbre que enseña que es piedad y es justicia no hacer sufrir inútilmente á ningún ser que sea capaz de sufrimiento.



Por acá todo eso parece risible. Y no han faltado algunos que tengan esa compasión hacia las bestezuelas por cosa sospechosa y poco cristiana. ¡El Señor perdone á tan piadosas gentes, é impóngalas su confesor como benigna y saludable penitencia la lectura de las *Flore-cillas* del seráfico Francisco, hermano de las aves, de los gusanos, de la oveja y del lobo!

Sin duda que el amor y cuidado de los pájaros, las flores y los niños es la característica que distingue una civilización profunda, medular, de las civilizaciones postizas, epidérmicas. ¿Veis en una ciudad un jardín lleno de niños, limpios todos, hasta los más pobremente vestidos, jugando por paseos y avenidas entre los macizos llenos de flores y los árboles poblados de pájaros, sin que las flores peligren ni haya huella en el césped ni señal de zozobra en los inquilinos de las ramas? Pues tened aquella ciudad por verdaderamente civilizada. Y tened por falsa la civilización de un pueblo en cuyos jardines haya niños desaseados que se entren por los macizos pisoteando la yerba, arrancando las flores, mutilando los árboles, haciendo que los pájaros huyan perseguidos por los tiradores y las hondas.

Verdad es que los angelitos tienen su dis-

culpa en el mal ejemplo que les dan las personas mayores.

Recuerdo que hace pocos años vino por aquí uno de los pocos «chiflados» que en España se interesan por esa tontería de la protección á los pájaros: Jacinto Benavente. Venía á presidir una fiesta dedicada á inculcar en los niños la simpatía hacia los pájaros; á pesar del prestigio del Maestro, que leyó unas admirables cuartillas, la fiesta resultó deslucida. Y fué cosa curiosa ver cómo al dar suelta á varios centenares de pajarillos, para que los niños aprendiesen que el destino de las aves es volar libremente, los cariñosos papás se apresuraban á coger á cuantos pájaros caían asustados y se los entregaban á los chicos para que jugaran con ellos: con lo que aquello que debió ser fiesta de libertad para los pobres animalitos, resultó ocasión de mayor cautiverio y tortura.

Alguien propuso llevar á Benavente al campo de deporte, donde se celebraba una tirada de pichón. Estaba allí toda la animación que faltara en la fiesta de educación y de cultura. Y hubo que decir á Benavente:—Ved, Maestro, cómo, mientras aleccionáis á los niños en el amor á las avejillas de los cielos, los

padres de esos niños se entretienen... matando palomas. Comprenderéis que vuestras bien intencionadas enseñanzas son ineficaces.

Y no es lo peor lo que hagan los hombres. Ya hemos convenido en que la virilidad se caracteriza por la dureza de corazón. Pero ¿y las mujeres? Las mujeres, más obligadas á la compasión y la ternura, ¿cómo pueden presenciarse complacidas ese espectáculo sin que á cada disparo, á cada perdigonada, sientan en su alma el dolor de un corazón que sufre, de un inocente cuerpecillo en agonía?

Fué en el tiro de pichón donde una tarde presencié la siguiente reveladora escena: Un joven deportista trajo hasta la tribuna en que estaba su esposa una paloma herida.—Para Bebé—dijo. Bebé, un lindo angelote de rubios cabellos y ojazos azules, estaba allí cerca, despachando concienzudamente su té y su mermelada bajo una enorme sombrilla girasol. Y la madre, amantísima y tierna, entregó al niño el avecilla, diciéndole:—¡Mira cómo se mueve! No le mates. Mientras esté vivo te divertirá... Y allá quedó entre las manos de Bebé el triste pichón con sus blancas plumitas ensangrentadas, agonizante, doblando sus patitas, entreabriendo el pico con angustia revol-

viendo los ojuelos en que se leía la muda interrogación de un instinto que, ante el dolor inmotivado, presiente la crueldad y la injusticia...

Yo, recordando una conocida frase de un escritor inglés, pensaba: «¿Qué dirían este padre y esta madre si en un mundo distinto del nuestro unos seres superiores—dioses, superhombres ó genios—tuvieran por diversión martirizar niños, y entregaran á la inconsciencia de sus hijos al pobre Bebé herido mortalmente para que los diosecillos se divirtieran con su agonía...?»

Amor á los niños, amor á los pájaros, amor á los árboles... Como en Europa.

Más y mejor que en Europa. Porque ya estoy viendo, lector, ¡tu sonrisa burlona, pensando que de bien poco sirve tanto amor, si al niño cuando llega á hombre se le conduce á morir en una trinchera, y á los árboles, después de bien cuidados, se les tala sin compasión para que no estorben la trayectoria de las balas, y los pájaros mueren porque en los campos devastados no encuentran rama en que anidar...

...Y he de confesar ingenuamente que si tal me dijeras, lector... yo no sabría qué contestarte...

## XXII

¿De qué hablarte, lector? No de la guerra, ciertamente. Nunca como ahora debiera emocionarnos la contienda que atraviesa por una de sus fases de mayor gravedad y trascendencia, y presenta episodios de intenso dramatismo: ¡ese pueblo serbio, rudo, indomable y primitivo, aniquilado, arrollado, sorbido por un enemigo cien veces superior! ¡ese pobre rey Pedro, pagando el pecado original de su reinado con esa triste huida sobre unas angarillas, pidiendo al cielo una bala piadosa, recordando quizás entre la tortura de su agonía sin muerte aquellos sus tranquilos días de pretendiente en que vivía en un pisito tercero de una modesta casa de Ginebra, y tenía para deleite de sus ojos la paz azul del Léman, y para re-

creo de sus ocios ingenuos de burgués la algarabía de los pájaros en la isla del filósofo! Pero, á pesar de todo, la guerra no interesa. La tragedia aburre. Y el interés que falta en sus escenas, escritas por la Ambición, el Odio y la Muerte—tres dramaturgos superiores á Shakespeare—no puede existir en las incidencias de una crisis cuya solución estaba descontada.

Quizás lo más digno de comentario entre todo lo acaecido en estos últimos días, sea la renuncia que de su acta ha hecho el diputado á Cortes don Francisco Maciá. La galería ha aplaudido el rasgo, de teatralidad indiscutible —¡Está muy bien eso!—se ha dicho.—¡Ese es un hombre sincero!—Y como en esa crisis de la ética todos los conceptos suelen referirse como concepto sintético y supremo al de honradez, no falta quien agregue: ¡He ahí un hombre honrado!

Analícemos. El señor Maciá era relativamente nuevo en la política; al iniciarse en ella perdió su carrera y su uniforme, por creer incompatibles su condición de militar y su carácter de diputado de la Solidaridad; los elementos que ahora aplauden su «gallardía», censuraron entonces su «desplante». He aquí al señor Maciá cambiando por vez primera el

cauce de su vida y de su actividad; después se dedicó resueltamente á la política, y en la política ha vivido en discreta penumbra hasta que ha roto su oscuridad con el relámpago de ese insólito y discutido renunciamiento.

Esta rápida reseña basta para desentrañar la psicología, ni muy complicada ni muy original, del señor Maciá. El señor Maciá es un inadaptable, un descontentadizo; lo que la gente del pueblo llama «un mal á gusto»; por distintos álveos sociales—el ejército, la política—encauzó el caudal de su inteligencia, su voluntad y su entusiasmo, y de los dos se desbordó en avulsión violenta.

Si el señor Maciá fuera un caso aislado de inadaptación, no merecería un comentario; pero lo malo es que hay por ahí muchos Maciá; esos espíritus descontentos, inquietos, «desarraigados» son los que aplauden la actitud de desalentado pesimismo del diputado catalán, viendo cómo rima con su perenne y negativa rebeldía.

A propósito de Maciá se ha recordado el caso de Costa. Hay alguna diferencia. Costa fué, efectivamente, un inadaptado. Costa no quiso sentarse en el Congreso porque él había dicho que el Parlamento era una ruín



mentira, funesta para el país y al servicio de la oligarquía.

Pero Joaquín Costa, soñador y vidente, había hecho una copiosa labor de apostolado. Del señor Maciá no se sabe que haya ideado programas de nueva organización política ni trazado planes regeneradores. Sólo en una cosa son iguales Costa y Maciá, y es en la sinceridad de su actitud; se ha dicho que Maciá pudo haber visto antes el deplorable estado de la política y no aceptar el acta; [el reproche es injusto; Maciá desde el principio de su vida pública se percató indudablemente de todo lo que hoy le hace alejarse del Congreso, pero creyó que podía remediarlo. No pecó por imprevisor, sino por soberbio; por soberbio, como pecan siempre todos los inadaptables que ante la dificultad, ante el obstáculo que se opone á sus buenas intenciones, exclaman desesperados: ¡Esto no tiene arreglo! en lugar de confesar humildes: ¡Yo no puedo arreglar esto! Y porque fracasaron ellos, creen que todo ha fracasado.

Pero Maciá, soberbio, inadaptable, injustamente pesimista, ha sido sincero y rectilíneo. Peor situación que la suya es la de aquellos que después de haber vivido años y años bien



hallados con la realidad, aprovechándose de ella, sin desdeñar muchos de sus apetecibles frutos, de súbito se declaran incompatibles con el medio en que crecieron y medraron, y todo lo cubren de oprobio é ignominia, echando sobre todo el baldón de su desdén, y llevando hasta los más solemnes documentos sus anatemas fulminados en la violenta prosa que hasta ahora parecía monopolio de los artículos de fondo de los periódicos revolucionarios.

De todos los casos de inadaptación éste es el más dañino. Dañino por lo que se pierde con tan lamentable actitud que impide aprovechar óptimas cualidades. Dañino porque la altura del ejemplo arrastra á muchos, y en torno del altivo penacho rebelde agrúpanse bastantes rebeldías, especialmente las rebeldías orgullosas de los que teniendo menos motivo que nadie para estar descontentos se muestran, sin embargo, perpetuamente malhumorados, con un mal humor que, en gran parte de los casos, no es sino el escape del tedio inseparable de las vidas ociosas.

Estos inadaptados, estos negativos, anarquizantes sin saberlo, son los que ante la renuncia de Maciá han aplaudido: --¡Muy bien! ¡Así se hace! ¡Si todos hicieran lo mismo!...

...Si todos hicieran lo mismo ¡oh, apreciables señores!; si cada cual desertara de su puesto al convencerse de que por sí solo no arreglaba el mundo, y de que, á pesar de todos los esfuerzos y todas las buenas intenciones, quedará siempre mucho por arreglar, no habría más que vacantes y caeríamos pronto en la más deliciosa anarquía.

¿No sería mejor que declamar en doloridos trenos la muerte irremediable de la Patria (que ha salido viva y pujante de trances más difíciles) echar una manita, modestamente y sin pretensiones taumatúrgicas, á ver si entre todos la hacemos salir del atolladero en que todos — entiéndase bien, ¡todos! — la hemos metido?

Porque la cuenta con nuestra conciencia, con los hombres, con Dios, no se salda diciendo: «Pasé mi vida alejado de toda acción; para todo lo que se hizo tuve censura; pero todo se hizo sin mí; del mal que se hiciera, como del que no se evitara, otros serán los responsables, yo estoy limpio de culpa». Y el verdaderamente limpio será el que diga: «Fuí hombre y fuí soldado: viví, luché. Buena fué siempre mi intención. Cometí torpezas, incurrí en errores; pero en muchas ocasiones, en algu-

nas, en una sola, por mi palabra, por mi voluntad, por mi esfuerzo, se evitó una iniquidad, se satisfizo la justicia.»

...Y el adarme de bien que pueda contener esa aportación, modesta pero eficaz, ennoblece una vida mucho más que todas las críticas de los puritanos, que no salen de su pasividad ni bajan á la arena por no contaminarse de impureza.



## XXIII

Se ha dicho que en una capital levantina las «señoras del abono» habían solicitado que fuera retirada del cartel una de las más aplaudidas obras de nuestro teatro contemporáneo. Al divulgarse la noticia—rotundamente desmentida, por fortuna—, ha habido en los círculos literarios alboroto, revuelo. No hay para qué discutir lo que pudiera llamarse aspecto jurídico del caso, en realidad claro é indiscutible. Si la obra figuraba, como era natural que figurase, en los programas anunciadores de la temporada, las señoras que se abonaran sabían de antemano á qué atenerse, no podían llamarse á engaño, y el único derecho que las correspondía para cumplir con sus escrúpulos, siempre respetables, era el naturalísimo que compete á todo aquel que no

quiere presenciar un espectáculo que por cualquier motivo no le agrada: quedarse en casa.

Pero resulta curioso el hecho como prueba de la confusión lamentabilísima que reina en punto á la moral y sus calificaciones. De la moral externa hablo; de esa moral de puertas afueras; «moralidad para paseo y visitas», que dijera un burlón cronista de aquel delicioso París de antes de la guerra: «cuando París era París» y se permitía el lujo de reír.

Tanto se han multiplicado los definidores de moral, y tanto nos hemos dado todos á la piadosa tarea de dictar normas éticas para arreglar á nuestro talante la conducta del prójimo, que hemos retrocedido á un período de verdadera multiplicidad de fueros, promulgados, sin autoridad ni sanción, desde diarios, revistas y folletucos. Antes cada pueblo tenía como suprema definidora de moral la religión, y sus ministros para interpretar los dudosos casos de conciencia; ahora surge en cada esquina un exégeta que falla de la moralidad y de la inmoralidad de todo, á su criterio. Los espectáculos y las lecturas son los campos en que operan con especial predilección los defensores oficiosos de la pureza de costumbres. Hay mucho de meritorio en su labor, que pue-

de ser provechosa si se realiza discretamente, y con la persuasión de que ni está hoy la moral tan maltratada como en otros tiempos estuviera, ni volverán los hombres á la inocencia paradisiaca porque dejen de ver algunas zarzuelillas ó de leer unas cuantas novelas. ¡Bastante más daño que todo eso hace á la pobre moral, atacándola en su fundamento, en su esencia, subvertiendo los conceptos del Bien y del Mal, esa guerra maldita, que en sus páginas escritas, con realidades sangrientas y crueles, encierra más perniciosas enseñanzas que todos los dramas reprobables y todas las novelas depravadas!

Pero lo que no puede prevalecer es este desbordamiento de inquisidorcillos irregulares, franco tiradores de la ética que disparan censuras, á voluntad, desde su trinchera, sin llegar á ponerse de acuerdo. Y así lo que parece impecable en Madrid resulta sospechoso en la Coruña y francamente inverecundo en Cuenca ó en Teruel.

Verdad es que la misma confusión lamentable ordena—ó desordena—la conducta de algunos que se las dan de muy escrupulosos. Hay contradicciones graciosísimas. Actuaba una compañía de opereta en el primer teatro de

cierta capital de provincia. El repertorio era el corriente del género. Las señoras se retrajeron de asistir. Y como yo preguntara á una de ellas la causa del retraimiento, me contestó:

—¡Si es escandaloso, inmoralísimo, lo que representan!

—Pero—me atreví á decir—¿no ha visto usted ya todas esas obras?

—Sí, señor—repuso tranquilamente la señora—; el año pasado, en Variedades. En un teatrillo, por la tarde... Pero ahora, ¡en el Principal! ¡en función de noche! ¡No es lo mismo!

No hay duda; no debe ser lo mismo. No debe serlo, porque ese criterio, que hace variar la moralidad del espectáculo según la hora y el local, no es un criterio provinciano, ni siquiera español ni europeo; es mundial. En la capital de una de las repúblicas de la América del Sur visitó una vez á cierta insigne actriz una comisión de abonadas, para rogarla que trasladase á otro día la obra anunciada para una tarde de moda.

—Represéntela otra noche, ¿no?—la dijeron.—No es que no queramos ver la obra. Vendremos las mismas; ¡las mismas! Con las hijitas, ¿sabe?...

Y como la actriz replicara lógicamente:



—Pues si han de venir ustedes las mismas, ¿para qué el cambio de programa?—las señoras, nata y flor del moralismo acomodaticio, aclararon su pensamiento.

—No es lo mismo, ¿sabe? En tarde de moda todo ha de ser honesto, modosito.— ¡Por la noche es cosa diferente!

De idéntica catadura era la muchachita provinciana que, de temporada en Madrid, decía á unas amigas:

—Voy á Eslava esta noche.

—¿A Eslava, tú? ¿Pero, chica, sabes lo que hacen allí? ¡Tú, tan escrupulosa, tan pacata!

—Pero ¿qué importa? ¡Si aquí no me conoce nadie!...

¡Soberana razón y argumento supremo que revela toda la hipocresía de esa pseudo moral de los que antes que en sí mismos, para regular su conducta, para regir su vida, piensan en los otros, en los que les rodean, en lo que podrá decir «todo el mundo», ese todo el mundo mezquino, que tiene su ecuador en la portería de su casa y sus polos en las esquinas de su calle!

El que, por cualquier causa interna, nacida de su alma, se traza una norma y á ella ajusta todas sus acciones merece respeto, ¿pero qué

respeto merecerán todos esos temblorosos espíritus de gelatina, de moral zigzagueante, que tan pronto se asustan de todo como no se asustan por nada?

Y, lo he observado; todos esos moralistas á corros, pudibundos á retazos y mogigatos con intermitencias, suelen acentuar su rigidez en razón directa del arte. Cuanto más artística es una obra, tanto más exigentes se vuelven para juzgar su moralidad. Para las zarzueluchas insulsas, para las revistillas desvestidas en que toda grosería suele tener su asiento, una gran indulgencia. ¡Bah; cosa ligera! ¡Se pasa el rato! Y se ríen, se ríen aunque les suelen una barbaridad que en casa no tolerarían al menos educado de sus visitantes y que haría desmayar á las niñas, seguramente, si se le escapase á un criado. En cambio, cuando se trata de obras serias, ¡todo se vuelve escrúpulos! A la menor sospecha... las chicas se quedan en casa. ¡Diríase que es precisamente el arte lo que les molesta!

Y luego el afán de interpretarlo todo maliciosamente. ¡Lo que se dijo contra Echegaray y su *Gran Galeoto*! ¿Puede haber obra mejor intencionada? Recuerdo que una vez presenciaba yo el drama en compañía de una

discretísima señora que llevaba al teatro, por vez primera, á su hija recién puesta de largo. Al terminar la obra, volvióse la madre hacia la hija, diciéndola:—Ya has visto á lo que pueden dar lugar las palabras ligeras, los juicios temerarios. ¡Aprendamos, y no murmuremos jamás!

Aquella dama había comprendido la verdadera moraleja de la obra. Pero se trataba, como he dicho, de una señora discretísima. ¡Y son tan pocos los que, entre las mujeres como entre los varones, merecen que se les aplique ese virtuoso superlativo!..



## XXIV

Siguiendo «tradicional costumbre», que bien pudiera ser rutina empedernida, diarios y revistas festejan las Pascuas publicando números extraordinarios plagados de artículos, crónicas y cuentos de circunstancias, de ocasión. Literatura con pie forzado, que repite y prolonga los eternos, manoseados temas con la monotonía de esas óperas cuyo mérito estriba en que la entrada de cada personaje se marque con el mismo, invariable trompetazo. La paz del hogar; las delicias de la velada de Nochebuena en la casa solariega, junto al chisporroteo de los troncos, bajo la luz de la tan acreditada «lámpara familiar»... Las veces que hemos leído ésto en estos días, y, como contraste, las tristezas del solterón, del

sin familia, que ve pasar la Navidad en la soledad fría y hosca de un cuarto de hotel.

Leyendo tanta prosa en loa del hogar y sus encantos, diríase que el mundo hállase henchido de austeras virtudes patriarcales y que se vive una intensa vida familiar. Parece como si todo el año estuviéramos condenados á no gustar del calor del rinconcito amado, y las vacaciones de Navidad fueran grato paréntesis que nos permitiera refugiarnos durante unos días en los honestos goces hogareños, vivamente deseados por nuestra alma.

No diré yo que todo eso no fuera muy apetecible, pero ¿es verdad? No, desgraciadamente. Si la sinceridad fuese la musa inspiradora de todas las crónicas de Pascua, en vez de presentarnos el grabadito convencional de Nochebuena, nos dirían cómo para la mayor parte de los hombres, salvo envidiables excepciones, las fiestas de Navidad son ocasión de aburrimiento ó de tristeza.

¡Oh, el encanto de las fiestas familiares!... Empecemos porque rara será la familia que goce del dichoso privilegio de no tener algún recuerdo doloroso, recuerdo que se aviva en estas fechas señaladas; y la sombra querida flotando sobre el puesto vacío, basta para ente-

nebrece el cuadro. En las casas que visitó la Descarnada, la Nochebuena es ¡no hay duda! la peor de las noches del año. Y para los espíritus frívolos—¿quién no está tocado de frivolidad en estos tiempos?—las Pascuas son un molesto compromiso.

¡Las delicias de la cena en familia; el pavo asado, la ensalada rusa y la sopa de alme-dra..! Tan grato resulta todo eso, que al despedirnos los unos á los otros en el atardecer del 24 para recluirmos en la velada familiar, más que el gozoso semblante del que se dispone á saborear unas horas de apetecida dicha, tenemos el gesto resignado de quien va á cumplir con un enojoso pero inevitable rito.—¡Vaya! ¡Felices Pascuas!—nos dicen los amigos tristemente; como queriendo decir:—¡Qué nohecita nos espera; sin teatros, sin cafés, sin tertulia en el casino; la comida á familia plena, con los suegros, los cuñados y todos los chiquillos!... ¡Es una perspectiva!

Que así piensan casi todos, lo demuestra el hecho de que la mayor parte procuren huir de la intimidad ampliando el concepto de familia hasta los deudos lejanos, invitando á cenar á los amigos... ó cenando fuera de casa. ¿Qué otra cosa significan esas cenas de Pas-

cuas en el *hall* de un hotel, entre gentes extrañas y promiscuas? ¿Hay nada más antifamiliar?

Pues lo mismo que la gente *bien*, la del pueblo busca manera de celebrar la «fiesta del hogar» fuera de casa, pasándose gran parte de la noche en estruendoso callejeo, *copeando* de taberna en taberna.

Para encontrar la Nochebuena clásica, la Nochebuena *buena*, admirable en su primitiva ingenuidad, hay que ir al campo, á los pueblos del llano y la montaña donde, después de rezar el rosario y comer bajo el ancha campana las castañas cocidas en el caldero que pende de las llares, las gentes van á la misa del Gallo de la parroquia, soportando la dura cellisca; y al estrépito de los villancicos contesta en la inmensidad de la noche el famélico baladro de los lobos.

Para esta Nochebuena campesina nace otra vez Jesús en cada año. Porque los sanos corazones serán para el Divino Niño cuna caliente y bien mullida. Mas ¿cómo ha de bajar á esas otras Nochebuenas en que sólo hallaría para reclinarse dureza de egoísmo y paja sucia de pasiones? ¡Las Nochebuenas de los que dicen celebrar el nacimiento del Dios de la cari-



dad y del amor atiborrándose en fiestas de gula, mientras á su lado hay quien cae muerto de hambre!

No, no renacerá Jesús en esa Nochebuena. Como tampoco en ésta, que en el presente año es modelo corriente: Un interior burgués. En la sobremesa de Navidad. Se charla vivamente, se discute; agotados los asuntos mundanos—en que se han despellejado linda y suavemente unas cuantas honras—, la conversación deriva hacia el inevitable tema de la guerra. Dado el ambiente, no hay que decir que la opinión es allí resueltamente germanófila; germanófilos son casi todos; desde el padre, conservador y chapado á la antigua, hasta las chicas, á pesar de que éstas estudiaron con monjitas francesas y de que se pasaron el verano y el otoño últimos vestidas, inconscientemente, de «banderas aliadas», luciendo en trajes y sombreros el blanco, azul y rojo impuesto por el patriotismo de los maestros de la calle de la Paz. Convienen todos en la admiración hacia los alemanes; esos hombres «duros como el acero, libres de desfallecimientos, que marchan rectos á su fin». Las mostazas inglesas, los vinos franceses de la cena hacen su efecto, y convertidos en armas para el enemi-

go, sirven para enardecer la sobremesa entusiasta y bélica que termina por una apología de la guerra, de la guerra «santa, purificadora y moral, por cuya conservación Dios mismo velará». Cuando el padre ha pronunciado esta parrafada de Treitschke suena el teléfono. La señora del principal anuncia que va á empezar la misa del Gallo en su oratorio. Y todos van, devotamente, al santo sacrificio. Son las doce; la hora solemne, evocadora del misterio del amor y redención. Sobre las frentes, cuajadas de belicosos pensamientos, de todos aquellos cristianos admiradores de la guerra, flotan las palabras de la Buena Nueva; las que el ángel dijera á los pastores: *Gloria á Dios en las alturas, paz en la tierra...*

...Verdad es que el ángel, que presentía á Bernhardi y sus discípulos, tuvo cuidado de decir que hablaba... *á los hombres de buena voluntad.*

Junio-Diciembre, 1915.

---



ACABÓSE  
DE IMPRIMIR  
ESTE LIBRO EN  
LA IMPRENTA CASTE-  
LLANA, DE VALLADOLID,  
EL DÍA 13 DE JUNIO DE  
1916, FESTIVIDAD DE  
SAN ANTONIO  
DE PADUA

Precio: Dos pesetas cincuenta céntimos

**G 16742**

o Santander -

**CHARLAS** -

Imp. Castellana